

louis g. milk

CIUDAD SIN ALMA

La ciudad era un perfecto mecanismo que jamás había fallado.

Suspendida en el espacio, a millones de kilómetros de distancia del planeta más próximo, era, en sí, otro planeta habitado por cientos de millones de personas.

Había espacio suficiente, sin embargo. Constantemente, batallones de operarios estaban construyendo las terrazas suplementarias que eran precisas para contener a los nuevos habitantes que llegaban cada día… por los medios biológicos propios de los seres humanos.



Louis G. Milk

Ciudad sin alma

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 428

ePub r1.0
LDS 19.12.18

Título original: *Ciudad sin alma*
Louis G. Milk, 1968
Cubierta: Editorial Toray
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo primero

La ciudad era un perfecto mecanismo que jamás había fallado.

Suspendida en el espacio, a millones de kilómetros de distancia del planeta más próximo, era, en sí, otro planeta habitado por cientos de millones de personas.

Había espacio suficiente, sin embargo. Constantemente, batallones de operarios estaban construyendo las terrazas suplementarias que eran precisas para contener a los nuevos habitantes que llegaban cada día… por los medios biológicos propios de los seres humanos.

Nadie sabía cuándo se había iniciado la construcción de la Ciudad. Había vagas leyendas al respecto, pero ninguna concretaba datos exactos sobre el Principio de la Ciudad.

Se sabía que la Ciudad se había iniciado en un Núcleo, posteriormente envuelto por aditamentos, que se habían ido multiplicando con el transcurso del tiempo… a medida que se multiplicaba la población. Ciertamente, el crecimiento no se había realizado sino mediante la ejecución de planes bien estudiados y meticulosamente ajustados, pero el Núcleo originario se había perdido.

Al menos, nadie sabía dónde estaba.

La Ciudad ocupaba una vastedad de millares de kilómetros en todos los sentidos, a lo largo, a lo ancho y en profundidad. Orbitaba inmutablemente en el espacio, en torno a una estrella blancoamarillenta que le daba luz y calor. Había planetas en una relativa proximidad, pero sólo cierta clase de seres estaban autorizados para visitarlos, en contadísimas e imprescindibles ocasiones.

La Ciudad necesitaba alimentos. Los recibía de un planeta no

demasiado lejano, al cual estaba unido por varios cordones umbilicales que le proporcionaban cuanto precisaba para cubrir las necesidades de los cientos de millones de sus habitantes. Naturalmente, había un grupo, muy selecto, de personas que cuidaban del perfecto funcionamiento de aquellos Canales de Aprovisionamiento: eran los llamados Siete Cuatro.

La Ciudad era un mecanismo perfecto. Todo iba bien, nada fallaba.

Pero hasta el mecanismo más perfecto es susceptible de descomponerse o de pararse, si un ligero obstáculo, por diminuto que sea, se introduce en sus engranajes, una leve impureza… un granito de arena.

No había motivos para que entrasen impurezas en el mecanismo, pero entraron. No físicas, ciertamente, sino de otro matiz.

La Ciudad funcionaba a la perfección hasta que se produjo la Herejía.

* * *

Kon Barcq contempló con poco velada emoción la placa rectangular que acababa de serle entregada.

Era de metal brillante, dorado, con una delgada cadenita para suspenderla del cuello. En el centro del rectángulo estaban grabadas sus nuevas cifras:

7777-A-52.

Ya era un Siete Cuatro. Le parecía un sueño haber llegado a tal punto en su carrera.

El hombre que le entregó la placa era otro Siete Cuatro. Su placa, sin embargo, señalaba un número complementario mucho más antiguo:

7777-S-800.

—Bien, Kon Barcq —dijo

Su-O

—, ya tiene absoluta libertad para ir por todas partes, desplazarse adonde le parezca mejor… y cuidar del aprovisionamiento de la Ciudad.

—Ése será mi principal empeño, señor —respondió Kon con acento un tanto velado por la emoción.

—Celebro su buen espíritu —dijo
Su-O
—. Sinceramente, creo que usted es uno de los mejores Siete Cuatro con que contamos. No somos muchos, ciertamente, pero usted dignificará a la clase.

—Haré todos los posibles por conseguirlo, señor.

Su-O
sonrió ligeramente.

—Ha alcanzado el grado máximo a edad temprana todavía. Personalmente, yo habría recomendado que permaneciese en la escuela de Siete Tres aún durante algunos años, pero sus méritos pesaron mucho. Le felicito, Kon Barcq.

—Gracias, señor. Esto… bien, Siete Cuatro es el grado máximo. Nadie puede subir por encima de un Siete Cuatro…, excepto si hubiese un Siete Cinco, ¿no le parece, señor?

Su-O
dejó de sonreír.

—No hay Siete Cinco, Barcq. Lo… hubo en tiempos, pero transitó.

Kon Barcq hizo un signo de comprensión. Aquel Siete Cinco, quienquiera que hubiese sido, había transitado… muerto, dicho con palabras menos metafóricas. ¿Quién había sido?

—Su placa le da derecho a asistir a las reuniones de los Siete Cuatro —agregó
Su-O,
dulcificando el gesto—. No es necesario, salvo para la reunión de Crítica y Planificación Anuales. Usted sabe que en esa reunión se toman importantes medidas de gobierno. Es imprescindible su asistencia y su votación positiva o negativa a las medidas propuestas.

—Desde luego, señor.

Su-O
le tendió la mano.

—Le deseo todo género de venturas, Kon Barcq. Descanse hoy; mañana puede empezar a trabajar.

—Mil gracias, señor. Me retiraré a mi alojamiento, si usted no tiene inconveniente.

—Ninguno, Kon Barcq. Adiós.

En torno a la cintura de Kon Barcq se veía una especie de faja semimetálica, flexible, de más de quince centímetros de anchura, provista en su parte central de una caja de maniobra. Kon Barcq ejecutó ciertas operaciones en los mandos de la caja y, finalmente, presionó el botón de disparo. Una fracción de segundo más tarde se encontraba en su alojamiento.

Constaba de dos habitaciones: dormitorio y salita, con el aditamento de un cuarto de baño. En la salita tenía la dispensadora de alimentos, con el regulador dietético adecuado a su metabolismo. Uno de los muros de su habitáculo era totalmente transparente y permitía la visión de unos jardines, situados a cincuenta metros más abajo y de varios kilómetros de extensión.

Más allá se veía el cielo, constelado de estrellas. Kon se preguntó dónde se hallaba el planeta nutricio… el planeta del que, dijérase lo que se dijera, dependía la Ciudad.

Él era uno de los que debía cuidar de la ciudad. Los cordones umbilicales. Sabía cómo funcionaban, pero todavía no había visto ninguno.

Todo lo que conocía acerca de los canales de suministro era pura teoría. Ahora, cuando ya había llegado a la cima, conocería en la práctica lo que las máquinas de estudiar habían inculcado en su cerebro.

Un tenue zumbido sonó en la habitación. Kon dirigió la vista hacia la pantalla de comunicación. Dio dos pasos a la derecha y se situó frente a la misma.

—Oigo la llamada —dijo—. Adelante.

La pantalla se iluminó por sí sola. El rostro de un hombre de alguna edad, de ojos vivos, nariz ganchuda y expresión cínica, apareció ante sus ojos.

—Hola, Kon Barcq —saludó el hombre—. Soy Tgari,
7777-N-351.
Bienvenido a nuestra clase.

—Gracias, Tgari. Celebró conocerle —contestó Kon seriamente —. ¿Comunicación audiovisual o telepática? —consultó.

Tgari se echó a reír.

—Deje las porquerías de la mente para mejor ocasión. No me gusta que me hurguen en los sesos, salvo cuando es absolutamente imprescindible. Así está bien, Barcq. ¿Duras las pruebas finales?

—Un poco, pero pude pasarlas.

Tgari meneó la cabeza.

—Tan joven —suspiró—. En fin, me alegro de tenerle por compañero. ¿Sabe?, nos ha correspondido la inspección del Canal de Aprovisionamiento número Doce. Es uno de los más importantes, Kon.

—Lo sé. Se trata de la atmósfera respirable.

—Así es. ¿A qué hora estará disponible para su primera actuación? Debo hacer de madrecita que enseña a su niño a dar los primeros pasos —dijo Tgari riendo.

Kon Barcq compuso una moderada sonrisa.

—Estoy a su disposición, señor —contestó.

—Nada de señor, Kon Barcq. Tgari a secas… y de tú. A las nueve pasaré a recogerte.

—Estaré listo —prometió el joven.

—Eso es bueno. La luz de las estrellas sobre ti y los tuyos, Kon Barcq, nuevo Siete Cuatro —se despidió Tgari con la fórmula usual.

—Y la Ciudad en todos —contestó Kon Barcq solemnemente.

La comunicación se cortó. Kon hubo de dominar la excitación que le poseía.

Por fin iba a conocer uno de los más preciados secretos de la Ciudad: uno de los Canales de Aprovisionamiento y, precisamente, el de mayor importancia. Él y el cínico Tgari lo tendrían a su cuidado. Naturalmente, no todo el tiempo, sino durante el horario marcado.

Se metió en el cuarto de baño. A poco, salió, aseado. Tenía hambre y se dirigió a la despensa automática. De pronto, al pasar junto a una mesita, divisó sobre la misma una hoja de blanco papel… de la materia que sustituía el papel y que presentaba sus mismas cualidades salvo la combustibilidad y una duración infinitamente mayor.

Había unas palabras escritas en la cuartilla. Kon Barcq la tomó, extrañado porque alguien se hubiese molestado en realizar algo que, prácticamente, había caído en desuso. Se escribía muy poco y se leía menos: todo se hacía a base de medios audiovisuales, cuando no telepáticos.

Si uno estaba aburrido, conectaba la máquina de diversión. La pantalla proyectaba entonces la historia que más le agradaba. Si

deseaba estudiar algo, formulaba la correspondiente consulta y la pantalla le proporcionaba las materias necesarias.

Pero… ¿escribir? ¿Leer?

Eran actividades poco menos que proscritas y no por ninguna ley, sino porque, sencillamente, no eran necesarias.

Los ojos de Kon Barcq se posaron sobre las líneas escritas en la hoja de falso papel.

Era un mensaje personal. Decía:

> *Ya eres un Siete Cuatro. Felicidades. Has llegado al punto máximo a que puede aspirar un habitante de la Ciudad. ¿Se te ha ocurrido pensar en los que jamás pasarán de ser simples Siete Menos Siete?*

Kon Barcq frunció el ceño. ¿Qué tenía aquello que ver con…? Continuó la lectura:

> *Hubo un tiempo en que, entre nosotros no existían tan absurdas divisiones. Ciertamente, cada uno podía alcanzar puestos elevados, pero no se producían absurdas compartimentaciones. Los primitivos Constructores de la Ciudad no lo hicieron con ánimo de llegar a un régimen tan exasperadamente clasista como el actual.*
>
> *Este régimen concluirá algún día, cuando las inicuas y desatentadas divisiones que hoy nos compartimentan hayan desaparecido. ¿Te has preocupado alguna vez de estudiar seriamente esta cuestión? Mientras te esforzabas por alcanzar tu actual clase, ¿se te ocurrió preguntarte alguna vez qué hay en el Núcleo? ¿Sabes siquiera dónde está el Núcleo? Los hombres promulgan las leyes y las derogan, pero ¿qué se hizo del juramento de conservar las leyes emitidas por los Constructores? ¿No juras tú mantener esas leyes? ¿Sabes, siquiera, cuáles son?*
>
> *Seguiremos en contacto contigo. Sabemos que ha de llegar el día que nos ayudes plenamente.*

No había más. Kon Barcq se quedó profundamente preocupado.

Su preocupación seguía después de la cena, de tal modo, que apenas si paró mientes en la historia que, a petición propia, se desarrollaba ante sus ojos en la pantalla de distracción. Noticias no se dieron. No se daban nunca.

En la Ciudad no ocurría jamás nada que no estuviese previsto.

CAPÍTULO II

Tgari fue puntual. A las nueve en punto se materializó en el apartamiento de Barcq.

—Celebro conocerte personalmente —dijo, estrechándole la mano con inusitado vigor.

—Gracias —contestó Kon, un tanto defraudado. Había creído que Tgari era más alto, error debido a que, en la pantalla, sólo había visto su cabeza y sus hombros. Casi era un enano y, además, calvo.

Tgari notó sus miradas de sorpresa y se echó a reír.

—¿Qué te sucede? —preguntó—. ¿Te extraña mi lindo cráneo mondo? Se me cayó el pelo, pero… bah, no era más que un estorbo. ¿Para qué quiero pelo si aquí no hace frío? Lo que no sirve para nada, no se debe conservar.

—Bueno, pero el cabello…

—Tonterías —dijo Tgari desdeñosamente—. Las máquinas te eligen tu pareja, así que no importa el aspecto que puedas tener; de todas formas, ella te aceptará, porque así lo dice la ley. Si fuese como en los tiempos antiguos, en que el aspecto personal era factor decisivo en la elección de pareja… Además, yo ya estoy casado y mi calvicie me importa un rábano. Bueno, ¿vamos?

—Espera un momento —pidió Kon—. Quiero enseñarte una cosa.

Le tendió la cuartilla hallada en la mesa la víspera. Tgari le miró un instante, perplejo:

—¿Te dedicas ahora a la escritura?

—Alguien la dejó en mi cuarto ayer por la tarde, poco después de hablarte, mientras estaba en el baño —contestó Barcq—. Lee.

Tgari hizo una mueca.

—Leer, ¡qué atraso! —farfulló despectivamente.

Pero lo hizo. Al terminar, movió la cabeza.

—¡Tonterías de retrógrados! —dijo.

—Algunas de las cosas que citan me parecen razonables —manifestó Kon Barcq.

Tgari le cogió por un brazo.

—Un consejo, Kon —dijo—. No hagas caso de estupideces. Tú, a lo tuyo. Has llegado muy alto; no vayas a caer ahora a lo más profundo… no te precipites en la Herejía…

—¿Herejía? ¿Qué Herejía? —exclamó el joven—. No se puede decir que piense de distinto modo a como establecen las leyes. Pero ellos…

—Ellos son unos herejes, Kon —afirmó Tgari—. Simplemente, quieren volver a los tiempos antiguos. ¡Retrógrados asquerosos! —dijo irritadamente—. No se dan cuenta que el pasado, aunque sea ayer solamente, está muerto. Sólo interesa el presente.

—Y el porvenir —dijo Barcq.

—Lo tenemos resuelto, así que, ¿a qué preocuparse por él? No hagas caso de esos locos, repito.

—Algunas cosas de las que dicen me parecen razonables, Tgari —insistió el joven.

Tgari meneó la cabeza.

—Empiezo a dudar de ti —contestó.

—Por favor —dijo Barcq—. No quisiera que me tomases por un enemigo de nuestras leyes. Simplemente ocurre que quiero saber, eso es todo.

—¿Y qué más quieres saber que lo que compete a un Siete Cuatro? —rezongó Tgari.

—Los Siete Cuatro gobernamos la Ciudad, creo. Si no sabemos lo que ocurre, mal podemos regir a los demás.

—Mira, Kon Barcq, haz una cosa: olvida a los herejes. Te irá mejor, ¿sabes? Yo seré discreto y no diré nada, pero si persistes en tu actitud, yo modificaría la mía, ¿comprendes?

Kon se puso rígido.

—Sí —contestó.

—Marca en tu aparato de traslación las coordenadas del Canal de Aprovisionamiento número Doce. Tenemos que hacer dos horas de guardia —indicó Tgari.

—Muy bien.

Segundos después, los dos hombres se hallaban en una vasta sala, de suelo enteramente transparente, cuyas paredes se hallaban cubiertas de aparatos de medida y de control. Dos hombres les saludaron debidamente, comunicaron que todo iba bien y se marcharon.

Barcq bajó la vista. A través del suelo transparente se divisaba la negrura del espacio, alterada, sin embargo, por lo que parecía una línea grisácea, con cierto brillo, que parecía un hilo que surgiese de las profundidades siderales y que, engrosando a medida que se acercaba a la Ciudad, desaparecía a pocos pasos de la habitación en que se hallaban.

Tgari sonrió:

—Ésa es la atmósfera que respiramos —dijo—. Allá abajo hay una Estación Emisora que envía la cantidad de gas necesaria para nuestro abastecimiento. Si esa Estación fallase…

—Moriríamos asfixiados —dijo Kon.

—Tardaríamos algunos meses en consumir nuestras reservas atmosféricas, por lo que es de presumir que el fallo sería reparado antes. Pero no se producirá ésa avería; que yo sepa, la Estación jamás ha fallado. Ven, te enseñaré los distintos instrumentos. Los conoces teóricamente, pero nunca has tenido ocasión de verlos en persona.

Era cierto. Todas las enseñanzas recibidas por el joven habían sido de signo teórico. No obstante, la perfección del sistema educativo era tal, que las aplicaciones prácticas se ejecutaban de inmediato, sin el menor fallo.

Al cabo de un rato y cuando ya Kon conocía todos los instrumentos prácticamente, dijo:

—Tgari, ¿has oído hablar alguna vez del Núcleo?

—Sí, pero no he estado jamás allí. No me interesa la arqueología —respondió el hombrecillo desdeñosamente.

—¿Arqueo…? Ah, sí —dijo Kon—. Te entiendo perfectamente. Sin embargo, sería interesante conocer el conjunto de máquinas y aparatos que dieron origen a la Ciudad.

—No veo el interés por ninguna parte. Aquellos tipos ni siquiera conocían los cinturones de traslación instantánea. Además, cualquiera sabe dónde está el Núcleo.

Continuaron su trabajo. Poco más tarde, Kon, invadido por una insaciable curiosidad, dijo:

—Tgari, ¿es posible para un Siete Cuatro conocer la Estación Emisora de atmósfera?

—Sólo si se produjera una avería. Y, que yo sepa, no hay noticias de que haya ocurrido semejante en siglos.

—¿Está muy lejos?

—A… Pero ¿qué estrellas negras importa dónde esté? Basta con saber que nos envía atmósfera, eso es todo.

—Sí, supongo que tienes razón —suspiró Kon.

Transcurrió otro cuarto de hora. Kon rompió el silencio de nuevo.

—Tgari.

—Dime, colega.

—¿Es cierto que hay un hombre que es Siete Cinco?

Tgari se volvió y le miró con el ceño fruncido.

—Kon, pareces un niño haciendo preguntas tontas. ¿Acaso no sabes que nuestra clase es la más alta?

—Pero ha habido algún Siete Cinco —insistió el joven.

—Transitó hace mucho tiempo —replicó Tgari secamente—. Sigue tu trabajo.

—Sí, Tgari.

Al cabo de un rato, Tgari dijo:

—Es hora del refrigerio. ¿Qué quieres, Kon?

El joven se encogió de hombros.

—No tengo interés particular. Cualquier cosa, Tgari.

—Bueno.

Tgari se acercó a uno de los muros y dijo:

—Refrigerio para dos.

—Al momento, señor.

Kon se sorprendió de oír una voz femenina.

—¿Hay mujeres aquí? —preguntó.

—Tenemos asignada una sirvienta —respondió Tgari—. Sólo durante nuestras horas de trabajo, claro.

Una puerta lateral se abrió y por ella entró una muchacha alta y esbelta, de cabellos cortos, un tanto oscuros y pupilas de color marrón. Vestía una blusa sin mangas ni espalda y unos pantalones muy cortos y ajustados.

En las manos llevaba una bandeja sobre la que se veían dos tazones. La joven caminó hacia ellos y se detuvo respetuosamente a unos pasos de distancia.

—Bebe —dijo Tgari.

Kon tomó su tazón, lleno de algo que parecía una sopa espesa, pero fluida. Mientras bebía, miró a la joven.

Ella permanecía seria, inmóvil, con la bandeja en las manos. Su pecho ascendía y descendía sosegadamente. Pendiente del cuello llevaba una diminuta plaquita de metal.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Kon de repente.

—Eonia Filal, Siete Menos Tres, Número
3000-B-8075
—contestó ella.

Tgari soltó una risita.

—Acaba de empezar su carrera —dijo—. Ya está en Siete Menos Tres.

—¿Cuándo piensas llegar a Siete a Nivel? —preguntó Barcq.

Ella se encogió de hombros.

—No tengo ningún interés en ello —respondió—. Ya me ascenderán de clase, si lo creen conveniente. De otro modo, tampoco lo lamentaré.

—Orgullosa, ¿eh? —dijo Tgari—. Algunas personas de las clases inferiores a Siete a Nivel son así, Kon. No te fíes de ellas.

Dejó el tazón sobre la bandeja.

—Lárgate —ordenó—. Propondré tu traslado a otro sitio.

—Sí, señor —contestó Eonia.

Una vez hubo salido, Kon exclamó:

—¿Por qué quieres expulsarla de la Estación?

Tgari hizo una mueca despectiva.

—Demasiado orgullosa para un nivel tan bajo —contestó.

—Bueno, es una persona y tiene sus sentimientos, ¿no?

Tgari le miró de hito en hito.

—Kon, cuidado —dijo—. Me considero tu amigo, pero más lo soy de mí mismo. Esa chica no está bien aquí; seguramente, no analizaron sus reacciones como era debido. Incluso puede que sea una hereje.

—¿Hereje has dicho?

—No me extrañaría en absoluto… Ah, ya veo la señal de relevo.

Bueno, nuestra labor ha terminado por hoy. Nos reuniremos mañana a la misma hora, Kon.

—Iré a buscarte, si no tienes inconveniente —propuso Barcq.

—De acuerdo.

Después de separarse, Kon buscó en una de las amplias avenidas cercanas a la Estación un lugar desde el cual poder hablar con una encantadora dama, hacia la cual sentía una singular inclinación.

Había numerosas cabinas con aparatos de comunicación por todas partes. Kon entró en una de ellas y dijo:

—Propongo una comunicación con Nyria Reth.

—Qué alegría comunicarme contigo, Kon —exclamó la joven—. Hacía tanto tiempo que no te veía… ¿Vienes a mi casa?

—Si no tienes inconveniente en recibirme, claro.

—Desde luego. ¿Cómo vendrás?

—Tengo un cinturón de traslación instantánea libre —respondió él.

Nyria abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Kon! ¡Eres ya… un Siete Cuatro! —exclamó.

El joven sonrió, halagado.

—Tengo esa suerte, querida. ¿Puedo ir ya?

—Espera un minuto… Debo arreglarme… Oh, parezco un adefesio. Sólo un minuto… señor —dijo ella intencionadamente.

—Nyria, para ti siempre seré Kon Barcq —contestó él.

—De acuerdo. Ven, te espero.

Pasó una velada muy agradable en compañía de la joven. Al despedirse, pensó en el veredicto de la Emparejadora.

Esperaba que se le concediese a Nyria como compañera.

Llegó a su apartamiento. Lo primero que vio, al abrir la puerta, fue otra cuartilla sobre la mesa.

Frunció el ceño. Empezaba a sospechar algo raro. ¿Herejes?, se preguntó, mientras levantaba la cuartilla.

Esta vez, el mensaje era más corto:

> *¿Has conseguido averiguar dónde está el Núcleo? ¿Sabes qué hay en el Núcleo? Tienes a tu cargo una importante misión. No la descuides; pero piensa en los Constructores que fundaron, la Ciudad. ¿Lo hicieron pensando en que un día, quienes quisieran seguir su*

espíritu fundacional, serían llamados Herejes?

Cuando te necesitemos, nos ayudarás, porque tú mismo habrás comprendido cuál es la Verdad y cuál es la Herejía.

CAPÍTULO III

Prudente, Kon no quiso decir nada a Tgari del segundo mensaje recibido.

Su servicio en el Canal de Aprovisionamiento número Doce transcurrió rápidamente y sin inconvenientes. La atmósfera afluía normalmente, sin la menor dificultad.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Tgari? —dijo Kon, después de un buen rato.

—Claro, todas las que quieras —contestó el hombrecillo sonriendo—. Para eso estoy aquí. ¿De qué se trata?

—Nuestras fuentes de aprovisionamiento llegan de un mundo situado a muchos millones de kilómetros de distancia. ¿Es posible visitarlo?

—¿Para qué? Todo marcha bien, las máquinas funcionan a la perfección… ¿Qué estrellas negras querrías ver en ese planeta?

—Nada —sonrió Kon—. Mera curiosidad.

—Es un lugar salvaje. No me gustan los lugares salvajes —declaró Tgari rotundamente.

—Tal vez sea bonito —dijo Kon—. En las máquinas de distracción, a veces, se ven aventuras de hombres perdidos en mundos remotísimos, llenos de inmensos peligros…

—¡Fantasías! Todo fantasías; no existen esos peligros, créeme. ¿No son máquinas de distracción? Los encargados de divertirnos se estrujan el cerebro para mejorar nuestros períodos de descanso, eso es todo.

—Sí, claro.

—Hombre —dijo Tgari—, bien mirado, se podría ir al planeta, pero ¿para qué molestarse? Primero hay que formular la solicitud… y sólo se estudia durante la reunión de Crítica y Planificación

Anuales. Se analizan detenidamente los motivos del peticionario…, pero ¿qué ibas a alegar tú? ¿Curiosidad? No sería causa suficiente y denegarían tu petición.

—Bueno, yo creo que a un Siete Cuatro le convendría conocer el funcionamiento de la Estación Emisora. Sólo conocemos el de la Receptora… y a mí me parece que es un conocimiento incompleto.

—Vamos, vamos, Kon —dijo el hombrecillo—. Las dos estaciones funcionan idénticamente. Si hicieses marchar ésta en sentido inverso, la Emisora sería Receptora, eso es todo. ¿No lo comprendes?

Kon asintió. Tgari tenía razón.

Poco después, les llevaron el refrigerio.

La sirvienta no era Eonia Filal. Barcq no quiso decir nada. El rencoroso Tgari se había deshecho de la joven.

Se preguntó dónde podría estar. Había un medio para saberlo, pero prefirió aguardar a que terminase su jornada de trabajo.

Cuando se separaron, buscó una cabina de comunicación. Situándose frente a la pantalla, dijo:

—Información sobre una ciudadana.

—Información a punto —contestó la pantalla—. Facilite datos.

—Nombre: Eonia Filal. Clase: Siete Menos Tres. Número: 3000-B-8075.

La respuesta se demoró tres segundos justamente:

—Escalón 37.º, Calle 70, Edificio 31, puerta 7.ª

—Solicito más información de la mencionada —pidió Kon.

—Adelante —contestó la pantalla.

—Todos los datos personales que se me puedan facilitar.

—Eonia Filal —recitó la pantalla monótonamente—. Por su clase, está relegada a trabajos secundarios. Inteligencia mediana. Imposibilitada estudios superiores tendentes a rebasar el nivel de Siete Uno. Inclinaciones heréticas no comprobadas. Degradada a Siete menos Siete. Posibilidad de eliminación caso de no enmienda. Fin.

La pantalla hizo una pausa. Luego, inhumanamente, dijo:

—Se inquieren motivos de la solicitud de informes.

—Interés personal —respondió Kon, sorprendido.

—No es suficiente. Precise.

Kon procuró mantener la impasibilidad de su rostro. La pantalla

permanecía opaca, pero no podía garantizar que al otro lado de la línea no le estuviese contemplando alguien.

El Control de Ciudadanos era muy severo. Ni siquiera un Siete Cuatro se libraba de ello, si bien, dada su elevada categoría, cualquier posible sanción debía ser acordada por el Colegio de los Siete Cuatro.

—Preciso motivos —contestó—. Mi interés por Eonia Filal se refiere a conducta particular. —Y, orgullosamente, agregó—: No creo que sea necesario decir más. ¿Soy o no un Siete Cuatro?

—Perdón, señor —se excusó la pantalla—. ¿Podemos servirle en algo más?

—Comunicación terminada —dijo Kon desdeñosamente.

La pantalla se apagó. Kon cerró los ojos un instante.

Era horrible tratar con una máquina. «¿En qué mundo vivimos?», se preguntó.

Pero se rehízo bien pronto. Manejó los controles de su aparato de traslación instantánea y unos segundos más tarde, se encontraba ante el alojamiento de Eonia.

Llamó a la puerta. Discretamente, no había querido trasladarse al interior de una manera directa. Ella abrió momentos después.

Eonia se sorprendió al verle.

—¡Usted! —dijo.

—¿Puedo pasar? —preguntó él cortésmente.

—Un Siete Cuatro no necesita pedir permiso —respondió Eonia —. Su clase le confiere todos los derechos.

—No todos —dijo Kon, mientras cruzaba el umbral—. Al menos, según mi manera de pensar.

—Parece distinto a los de su clase, pero no creo que lo sea —manifestó Eonia—. ¿Puedo invitarle?

—Gracias, no tengo sed.

Kon paseó la vista por el apartamiento. Era infinitamente más modesto que el suyo. Ni siquiera tenía ventana al exterior. Prácticamente, era una celda, con un cuartito de aseo contiguo. Por supuesto, contaba con máquina de distracción y dispensadora de alimentos; eran dos cosas a las que todo ciudadano, aun el de clase más baja, tenía derecho.

—Me enteré hoy de que ya no está en el Canal de Aprovisionamiento número Doce —habló Kon, tras una corta pausa.

—Sí, me han trasladado a otro sitio.

—¿Puedo saber adónde? —preguntó él.

Eonia le miró fijamente.

—¿Por qué un Siete Cuatro se interesa tanto y tan súbitamente por una que ya es de la clase más ínfima?

—Eonia, quiero que sepa que siento lo ocurrido —declaró Kon —. Yo no tuve la menor culpa en ello…

—Lo sé, pero es un Siete Cuatro y yo una Siete Menos Siete. Ahora tendré que empezar de nuevo mi progresión; antes de que llegué a Siete a Nivel, habré de ascender siete clases. ¿Qué le parece?

—Se siente amargada y la comprendo, Eonia —dijo él—. Sin embargo, Eonia, quiero que sepa que estoy dispuesto a ayudarla, en la medida de mis fuerzas…

Ella le miró burlonamente.

—Le oigo y no doy crédito a mis oídos —contestó—. Kon Barcq, ¿sabe a lo que se expone?

—Soy un Siete Cuatro y tengo ciertos privilegios —respondió el joven orgullosamente—. Lo mismo que Tgari hizo que la degradasen, yo puedo…

—No necesito su ayuda —declaró ella con no menos orgullo—. Me basta con lo que tengo. Y si quiere un consejo, déjeme en paz. Usted saldría bien librado con una simple reprimenda. A mí, me expulsarían de la Ciudad. ¿Sabe adónde van los expulsados?

Barcq levantó las cejas.

—Confieso que no —respondió—. Desde muy temprana edad, me prepararon para llegar a mi clase. Algunas cosas las ignoro todavía.

—Entonces, pregunte —indicó Eonia—. Y basta ya, por favor; quiero estar a solas.

—Lamento haberla molestado, pero debe saber que mis intenciones son sinceras.

—No lo dudo, pero no quiero su ayuda. ¡Váyase!

Kon vaciló unos segundos. Luego empezó a caminar hacia la puerta.

De pronto, reparó en un detalle en el que no se había fijado todavía.

—¿Libros? —señaló con la mano un estante en el que se veían

varios volúmenes.

—Sí —contestó Eonia—. Al llegar al nivel Siete Menos Tres, adquirí el derecho a tener algunos libros.

—A mí no se me ocurrió pedirlos —dijo Kon.

—Ustedes no piensan; las máquinas piensan por ustedes —declaró Eonia despectivamente.

—Son cosas anticuadas —alegó él.

—Un libro nunca puede ser anticuado. Pero cada uno opina como le han enseñado a opinar, lógicamente.

Kon miró a la joven fijamente.

—Usted parece una rebelde —dijo.

—Lo soy, porque no quiero que guíen mi pensamiento sino lo indispensable, eso es todo.

Después de estas palabras, Kon comprendió que la entrevista había terminado.

—La luz de las estrellas sobre ti y los tuyos —se despidió con la fórmula de ritual.

—Adiós —dijo Eonia.

—¿Adiós? —repitió Barcq, extrañado—. ¿Qué clase de despedida es ésa?

—Una fórmula retrógrada, según los módulos actuales de pensamiento —contestó ella.

—Empiezo a sospechar que es usted una hereje, Eonia.

—Adiós —repitió ella.

Kon abandonó el departamento sumamente conturbado. ¿Por qué se mostraba la joven tan agresiva?

Era una actitud de autodefensa, no cabía la menor duda. ¿Contra qué o contra quién?, se preguntó.

Al día siguiente, durante el trabajo, quiso saber una cosa y se la preguntó a Tgari.

—He oído decir que algunos ciudadanos son desterrados —manifestó—. Claro es que si cometen algún delito de importancia. ¿Sabes adonde los envían, Tgari?

El hombrecillo le miró con sorpresa.

—¿Cómo? Pero ¿no lo sabías?

—Te aseguro que…

—¡Qué ignorancia! —se escandalizó Tgari—. Por supuesto, eres recién llegado a nuestra clase… Bueno, pues cuando algún

ciudadano es expulsado, lo envían al planeta almacén.

—¿Eh?

—Así como lo oyes. La pena de muerte es repugnante. Alguien tendría que hacer de ejecutor, pero no se encontraría a nadie dispuesto a desempeñar oficio tan infamante. Además, cortar el hilo de una vida es desagradable; resulta más cómodo hacer que el mismo interesado se quite de en medio.

—¿Tan mal se vive en el planeta suministrador?

—Es un mundo salvaje, con eso queda dicho todo.

—Pero algunos desterrados pueden intentar sobrevivir… y podrían vengarse destruyendo las Estaciones de suministro…

Tgari soltó una risita.

—¿Ya no recuerdas, acaso, que nadie, sino el que está autorizado, puede acercarse a las Emisoras de Aprovisionamiento? Cualquiera que intentase hacerlo por sus propios medios, moriría en el acto.

—Entiendo —contestó el joven preocupadamente.

Tgari le miró de reojo.

«En alguna parte, ha fallado una máquina con este chico. No me parece que haya sido una buena adquisición para la clase», pensó.

Aquel día, al regresar a casa, Kon se extrañó de no ver ningún mensaje. ¿Era que sus misteriosos comunicantes habían juzgado conveniente no dejarle más notas escritas?

De repente, se le ocurrió una idea.

Conocía perfectamente la Ciudad. Podía trasladarse de un sitio a otro en el acto… excepto a un lugar cuyo emplazamiento desconocía.

Situándose frente a la pantalla, dijo:

—Información.

La pantalla contestó:

—Diga la persona o materia sobre la que pide información.

—El Núcleo.

Hubo una levísima pausa de silencio.

Luego, la voz de la pantalla respondió:

—Información vedada. Se le aconseja no insistir. Fin.

La pantalla se apagó. Kon sintió que sus preocupaciones se acrecentaban.

¿Por qué no querían que fuese al Núcleo?

Paseó la vista en torno suyo. ¿Qué clase de vida era la suya?

Tenía de todo, no le faltaba de nada, excepto…

Eonia lo había dicho bien claramente: no quería que las máquinas pensaran en su lugar.

De repente, creyó haber hallado la solución. El Núcleo…

Era algo que debía estar en el centro de una cosa. Por lo que sabía, la Ciudad tenía forma aproximadamente cúbica.

Por tanto, el Núcleo debía de hallarse en el centro geométrico de aquel inmenso cubo habitado por cientos de millones de personas.

Tenía el aparato de traslación instantánea. Sólo necesitaba marcar las coordinadas y…

Cuando presionó el botón de traslado, una fuerza irresistible le levantó del suelo y lo arrojó contra la pared más próxima. Su suerte estribó en hallar un diván en su camino, que paró la mayor parte del golpe.

Si no hubiera sido por el diván, habría muerto.

CAPÍTULO IV

Llamaron a la puerta.

Kon, todavía resentido del formidable golpazo recibido la víspera, acudió a abrir. Un hombre de mediana edad apareció ante sus ojos.

Su indumentaria era corriente. Sonreía, pero su expresión no tenía nada de agradable.

—Soy Wedonc,

77-R-224

—se presentó. Y tras una cortísima pausa, añadió—: Servidor Grado Tres de Control Ciudadano.

Kon se puso rígido. ¡Un Controlador!

—Pase —invitó.

Wedonc cruzó el umbral.

—Bonito apartamiento —dijo.

—Sí —contestó Kon—. ¿Quiere algo de beber?

—No, gracias. Mi visita es oficial.

Kon se sorprendió.

—No creo tener nada pendiente con el Control Ciudadano —dijo.

—No, no lo tiene —convino Wedonc cortésmente—. Pero puede tenerlo si sigue por este camino.

—¿Cómo?

—Su conducta ha llegado a oídos del Consejo Restringido de los Siete Cuatro. He recibido la orden de amonestarle.

Kon apretó los labios.

—Mi conducta…

—Será mejor que no nos engañemos —le atajó Wedonc—. Usted es superior a mí y puede expulsarme de su casa…; y yo me iría,

pero ello no supondría un tanto a su favor. Acepte la amonestación, es mejor.

—¿En qué sentido?

—Ha cometido dos violaciones a la ley. Primero, ha visitado a una Siete Menos Siete.

—Lo admito… pero no hay ley que prohíba las relaciones con una mujer de grado inferior.

—No, es verdad, no se prohíben esas relaciones, pero usted debió haber hecho que ella viniera a su casa, en lugar de ir usted a la suya. Debe mantener siempre su situación… piense que es un Siete Cuatro.

—Bien —dijo Kon—. Admitido el primer error y no lo repetiré. ¿Cuál es el segundo?

Wedonc le miró fijamente.

—Trató de llegar al Núcleo, después de haberle sido denegada la información. En otra persona, se tomaría como delito grave. A usted, como Siete Cuatro, se le formula una severa amonestación, con la prohibición de intentarlo de nuevo.

—Wedonc, dígame dónde está la ley que prohíbe conocer el emplazamiento del Núcleo —dijo Kon casi agresivamente.

El Controlador sonrió.

—¿Por qué quiere saberlo, Barcq? —preguntó.

—Contésteme usted primero —insistió el joven.

—El Núcleo no quiere que ningún ciudadano, ni aun los de clase más alta, lleguen hasta él. ¿Es que no tuvo suficiente con la advertencia que el propio Núcleo le propinó?

—Es la primera vez que me entero que la vida privada de un Siete Cuatro es tan estrictamente vigilada —manifestó Kon irritadamente.

—No hay ciudadano que se escape a nuestro control —sonrió Wedonc—. Incluso yo mismo soy controlado por otro Controlador.

«Es un mundo inhumano éste en que vivimos», fue a decir Kon, pero se contuvo oportunamente.

—Quise saber qué había en el Núcleo —fue lo que contestó finalmente.

—El Núcleo es pasado —manifestó Wedonc—. El pasado es cosa muerta y extinguida. No se debe conocer, eso es todo.

—Lo tendré en cuenta. ¿Algo más, Controlador?

—Es suficiente. Lamento los motivos de mi visita, pero celebro haberle conocido. Es usted famoso; en siglos, es el primer ciudadano que llega a Siete Cuatro con menos de treinta años de edad.

Kon sonrió amargamente.

—No crea que me siento demasiado satisfecho —dijo.

Wedonc se sorprendió.

—¿Por qué? Su clase es la más alta…

—Sí, pero ¿qué hay después?

—No le entiendo, Barcq.

—Es bien sencillo, Controlador. He llegado a Siete Cuatro y se me han acabado los estímulos. No necesito luchar más para alcanzar una mayor altura en la comunidad.

—Muchos le envidiarían a usted, pero, claro, hay maneras de pensar —dijo Wedonc con inesperada filosofía—. Le aconsejo tome en cuenta la amonestación. No vea nada personal en ello, sino cosa del oficio.

—Desde luego.

—La luz de las estrellas sobre ti y los tuyos —se despidió finalmente el Controlador.

—Y la Ciudad en todos.

Kon se quedó solo. Caminó lentamente y apoyó la frente en el ventanal.

—¿Qué clase de mundo es éste en que vivimos? —murmuró.

Todo previsto, todo calculado… un mínimo de trabajo, todas las diversiones que uno quisiera, siempre que saliesen de la pantalla de distracción… sin enfermedades, sin accidentes… salud garantizada, comida garantizada… esposa garantizada…

Prohibido pensar, prohibido pensar… Las máquinas piensan por nosotros… las máquinas piensan por nosotros… ¡Y todo controlado!

Golpeó el vidrio con el puño. Se hizo daño.

—Esto no puede seguir así —gritó.

Y luego, de repente, miró a su alrededor, como si despertase de una horrible pesadilla.

—¿Me estarán viendo? —se preguntó, repentinamente atemorizado.

Algo brilló ante sus ojos. Era una cuartilla de papel.

Un nuevo mensaje:

Empiezas a pensar. Eso es bueno. Podrás ayudarnos a humanizar la Ciudad, a llegar al Núcleo, a volver a nuestro origen. No desmayes, no te aflijas.

Estrujó la cuartilla. ¿La había dejado Wedonc?

De pronto, sonó la señal de llamada en la pantalla.

—Dispuesto para recepción —dijo, sin moverse del sitio.

El hermoso rostro de Nyria apareció en el cuadrado de vidrio.

—¡Kon! ¿Vendrás a verme hoy? —preguntó la muchacha.

Kon decidió descargarse de sus preocupaciones.

—¡Claro, preciosa! —respondió—. ¿Estás visible?

Nyria soltó una risita. La pantalla mostraba solamente su rostro y parte de los hombros, pero, de pronto, el objetivo amplió su campo. La joven apareció ante los ojos de Kon, en pie, cubierto su esbelto cuerpo apenas con unos velos semitransparentes que dejaban muy poco a la imaginación.

—¿Estoy o no estoy visible? —preguntó.

—De acuerdo. Marcaré tus coordenadas, hermosa —contestó Kon. Y mantuvo la vista fija en la pantalla, hasta que la imagen de Nyria se desvaneció.

¡Que las negras estrellas cargasen con su curiosidad!, se dijo, mientras manipulaba en el cinturón de translación instantánea.

* * *

Cuando regresó a su casa, se encontró con una llamada repetida constantemente a través del altoparlante de la pantalla:

—Aviso de la Central de Uniones… Aviso de la Central de Uniones…

—Estoy presto a recibir el anuncio —dijo Kon.

Y la pantalla le indicó:

—Dentro de siete días, acudirá a la Subcentral Diez, Sección Primera, con objeto de hacer las pruebas pertinentes para la adjudicación de pareja. Manifieste el enterado.

—Estoy enterado —respondió Kon.

Torció el gesto. Su libertad de soltero tocaba a su fin.

Las máquinas así lo habían decretado. Por otra parte, tenían

razón.

Iba a cumplir los treinta años, la edad máxima para un hombre sin emparejar. Si antes de esa edad, el varón no había hecho la consulta voluntariamente, las máquinas se lo recordaban y le obligaban a realizar las pruebas correspondientes.

El límite de edad para las mujeres era de veinticinco años.

Luego, su gesto de enojo se trocó en una sonrisa. Recordó los dulces labios de Nyria y sus flexibles y cálidos brazos y esperó que las máquinas la designasen como su pareja. Realmente, se compenetraban muy bien. Si no hubiera sido por la ley, ya le habría pedido a Nyria que se convirtiese en su esposa… qué palabra tan arcaica y pasada de moda, pensó.

Tgari notó su buen humor al día siguiente, en el momento de hacerse cargo de su turno de trabajo.

—Te veo muy contento hoy —dijo el hombrecillo.

—Ayer me avisaron para las pruebas de emparejamiento —contestó Kon—. Debo efectuarlas dentro de seis días.

—¿Y eso te pone de buen humor? Yo creí que sería por otro motivo.

—¿Acaso no te parece suficiente? Conozco a una hermosa muchacha y ella y yo nos avenimos estupendamente —respondió el joven—. Nuestros carácteres se compenetran punto menos que a la perfección y confío en las máquinas analíticas para que la designen como mi pareja.

Tgari movió la cabeza con gesto dubitativo.

—¡Hum! No te fíes —dijo—. A lo mejor, la máquina te designa otra pareja… otra mujer que, según los datos, es tu complemento exacto, mejor que esa chica que has mencionado.

—No lo creo —alegó Kon.

—Como quieras. De todas formas, no es motivo para sentirse satisfecho —dijo el hombrecillo—. Ya llevo veinte años de emparejamiento y estoy hasta el cogote. ¡Qué pronto se enfriaron mis entusiasmos! —se lamentó Tgari.

Kon sonrió.

—No creo que ése sea mi caso —dijo.

—Ven a verme dentro de otros veinte años —contestó Tgari cínicamente.

El trabajo continuó. Minutos más tarde, Tgari lanzó un gruñido.

—¿Qué sucede? —preguntó Kon.

—No estoy seguro…, pero juraría que la densidad de la columna que procede de la atmósfera proyectada es media décima de milésima menos de lo normal.

—No me alarmes —dijo Kon—. Eso significaría una avería en la Estación Emisora.

—Indudablemente, pero… No, me había engañado; la densidad es normal.

Kon dirigió la vista hacia la esfera indicadora. La aguja estaba situada sobre el punto adecuado.

Tgari era mayor que él. Por respeto, se abstuvo de expresarle su opinión. «Necesita que las máquinas optométricas le repasen la vista», pensó.

De todas formas, las máquinas se lo harían saber cuando Tgari pasara su examen sanitario anual. No había motivo para herir su susceptibilidad.

Al terminar su trabajo, decidió haraganear un poco y se fue a pasear por uno de los parques próximos.

El parque estaba constituido por varias grandes terrazas, escalonadas. Kon se situó en la más alta y apoyó los codos en el parapeto protector.

La temperatura era excelente. Hombres y mujeres paseaban tranquila y silenciosamente, por parejas o en pequeños grupos, con atavíos que cubrían sólo lo más preciso del cuerpo humano. Reinaba un silencio casi total.

Kon frunció el ceño. Ciertamente, todo estaba previsto, todo estaba organizado… nadie carecía de hada, pero…

Hombres y mujeres parecían ajenos a cuanto les rodeaba, indiferentes a la belleza del parque. Apenas si unos cuantos jóvenes se divertían moderadamente, casi sin ilusión, en un estanque formado por un roquedal artificial y alimentado por una cascada también artificial, que caía desde varios metros de altura.

«Somos gentes sin estímulos», se dijo, observando la indiferencia general. Apenas había sonrisas y la inmensa mayoría ni siquiera despegaba los labios.

«Carecemos de ambiciones», decretó. Él ya había llegado a la cumbre. Podía vivir cien, doscientos años más…, pero no pasaría de ser lo que ya era: un Siete Cuatro.

¿No había habido una vez un Siete Cinco?

Pero ya había transitado. ¿Y qué, suponiendo que llegase a ser Siete Cinco? ¿Qué haría entonces?

¿Mandar a todos los demás? ¿Subir a una cumbre todavía más alta y, por tanto, más alejada de sus congéneres?

De repente, sin saber por qué, sintió la tentación de hablar con Eonia Filal. Pero recordando la advertencia de Wedonc, contuvo su primitivo impulso de ir a su casa y eligió el procedimiento adecuado.

Momentos después, estaba ante una pantalla de comunicación. Pidió contacto con la joven y le fue concedido en el acto.

El rostro de Eonia le contempló desde docenas de kilómetros de distancia.

—Estoy a su disposición —dijo la joven.

—Podría ordenárselo, pero me gustaría más que usted viniera voluntariamente a mi departamento —dijo él—. ¿Puedo esperarla?

Eonia no vaciló.

—Iré —repuso lacónicamente.

CAPÍTULO V

Eonia tardó casi una hora en llamar a la puerta de su alojamiento. Nerviosísimo, Kon corrió a abrir.

Ella le dirigió una mirada impenetrable. Kon se fijó en su vestimenta color gris acero, una especie de traje de una sola pieza, sin espalda, y con las perneras sumamente cortas. No llevaba calzado de ninguna clase, pero su aventajada estatura hacía que su frente quedase casi a ras de los ojos de Kon.

—Pase —dijo él.

Ella cruzó el umbral con paso mesurado. Kon se dirigió hacia la dispensadora de alimentos.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó.

—Un refresco —contestó ella.

—Lo tomaremos juntos. —Kon se encaró con la máquina y dijo —: Dos refrescos.

La máquina escupió dos botellas de plástico, llenas de un licor ambarino, que demostró ser espumoso cuando Kon arrancó los tapones. Entregó uno a la joven, sentada ya en un cómodo diván de líneas atrevidas.

—Supongo que debe estar preguntándose por los motivos de mi llamada —dijo él.

—Un Siete Cuatro no tiene por qué dar explicaciones… en determinados casos —respondió Eonia—. Se obedece… y en paz.

—Le pedí que viniera voluntariamente —recordó él.

—Sí, pero no quise exponerme a represalias caso de una negativa.

—¿Represalias? ¡Oh, nunca se me ocurriría hacer una cosa semejante!

—Otro lo hizo. ¿Por qué usted iba a ser distinto?

—Soy distinto, Eonia —dijo Kon intencionadamente.

—Está bien. Lo admitiré. ¿Qué quiere de mí?

Kon dejó el refresco a un lado y se puso en pie.

—No lo sé, en realidad —contestó—. Acabo de llegar a mi clase y he observado ciertas cosas que me han conturbado profundamente. Quizá confío en que usted pueda aclarármelas.

—¿Yo? ¿Una Siete Menos Siete? —dijo Eonia con risa amarga—. ¿Acaso no se ha fijado en el color de mi traje?

Kon la miró fijamente.

—¿Qué pasa? Es muy bonito y le sienta muy bien —dijo—. Tiene usted una figura muy atractiva…

—¡Por favor! —exclamó ella violentamente.

—No quise ofenderla, Eonia —se disculpó Kon.

—Pero ¿es posible que no se haya dado cuenta todavía? El color de mi vestido no es elección mía, sino que corresponde al trabajo que desempeño. ¿Qué clase de Siete Cuatro es usted que no lo ha adivinado todavía?

Kon frunció el ceño.

—No me diga que…

Eonia movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. Estoy en una de las cuadrillas de constructores, que continuamente, como usted sabe, prolongan la Ciudad.

—Es un trabajo muy peligroso.

—¡Bah! ¡Las máquinas lo hacen todo! ¡Nosotros apenas si tenemos que vigilar su trabajo! Aquí todo se hace a base de máquinas, Kon Barcq.

—Es verdad —murmuró él—. Confiamos demasiado en las máquinas, pero lo cierto es que no fallan nunca.

—Y su constante utilización anula el espíritu y la iniciativa. Ellas lo planifican todo, desde el emparejamiento de dos seres de distinto sexo… hasta la construcción del más sencillo ornamento de una casa. Se han desarrollado tanto, que ni siquiera necesitamos inventores. Ellas son el alma de la Ciudad.

»Los cerebros mecánicos que rigen la Ciudad están constantemente en funcionamiento. Continuamente investigan nuestras necesidades, supuestas o reales, y diseñan aparatos para satisfacerlas. No hay un solo ser viviente capaz de inventar el artefacto más sencillo. Todo lo hacen ellas, las máquinas, nuestros

dioses… y nuestros dueños. ¿Qué haríamos sin las máquinas, Kon Barcq?

—Sobrevivir, sin duda alguna —contestó él orgullosamente.

Eonia le dirigió una sonrisa burlona.

—¿Está seguro de que sería capaz de sobrevivir en un mundo sin máquinas? —preguntó.

—No lo he intentado, pero…

—¿Por qué no hace la prueba? —preguntó ella audazmente.

—¿Dónde hay un mundo sin máquinas?

Eonia seguía sonriendo.

—¿Y usted me lo pregunta? —dijo—. ¿De dónde llegan todos nuestros alimentos, el agua, el aire respirable?

Kon se quedó parado.

—Está sugiriéndome que debo visitar el planeta de suministros —dijo.

Eonia se puso en pie.

—Creo que nuestra conversación ha terminado —dijo bruscamente.

—Espere un momento, por favor.

—Hable —dijo ella.

—Usted lee libros.

—Leía. Me confiscaron los pocos que tenía al ser degradada a Siete Menos Siete.

—Siento lo ocurrido. ¿Sabe que tuve que aceptar una amonestación por haber ido a visitarla?

—Lo encuentro muy lógico, dadas las leyes tan absurdas que nos rigen. Ahora le amonestarán de nuevo…

—No. Ello se debió a que consideraron indigno de mi clase ir a ver visitar a una persona de rango inferior. Por eso la supliqué que viniese a mi casa.

—Comprendo. ¿Algo más?

—Sí. Estábamos hablando de sus libros. ¿Cómo los obtuvo?

—Eran de mi padre. Él me los regaló cuando cumplí los veinte años y me asignaron un trabajo, al ascender a Siete Menos Cuatro.

—¿Vive su padre?

—Sí. Es un Siete a Nivel. —Eonia rió amargamente—. Yo debería superarle en un grado, pero ya ve, ocupo la escala más baja.

—Repito que lo siento. Eonia, quiero pedirle un favor.

—Si puedo…

—¿Tiene su padre más libros?

—Desde luego. Muchos, cosa de un par de cientos.

Los ojos de Kon brillaron.

—Me gustaría leer alguno —dijo.

—¿Tiene interés particular por un tema determinado?

—Sí, pero… ¿por qué no me acompaña usted, Eonia?

—Kon Barcq, usted es Siete Cuatro. No necesita introductor en ninguna casa.

—Prefiero que me acompañe usted.

—Está bien —cedió la joven—. Hoy ya es un poco tarde. Mis padres residen en el extremo opuesto.

—Comprendo. Mi horario de trabajo es de nueve a once. ¿A qué hora termina usted?

—A las dos. Vendré a buscarle una hora más tarde.

Kon tomó su mano impulsivamente.

—Eonia, haré todos los posibles por conseguir que le devuelvan el rango perdido.

Ella movió la cabeza con lentitud.

—No me interesa, créame. No me interesa en absoluto —recalcó.

* * *

—¿Se puede sobrevivir en un mundo sin máquinas? —preguntó Kon.

—Lo primero que hay que preguntarse es: ¿por qué ir a un mundo sin máquinas, Kon Barcq? —dijo Tgari.

—Era… meramente una consulta —sonrió el joven—. Curiosidad, Tgari.

—Nunca he estado en un mundo sin máquinas. Si te he de decir la verdad, ni siquiera he salido de la Ciudad. Llevo veinte años en este trabajo y las máquinas han funcionado a la perfección. ¿Para qué molestarse en abandonar la seguridad de que disfrutamos ahora por correr riesgos nada beneficiosos?

—Especulaba, simplemente —dijo Kon—. Tienes razón; aquí está todo previsto, no hay enfermedades, no hay accidentes…

—Los únicos que podrían decir algo al respecto son los desterrados… y ninguno de ellos ha vuelto para contarlo —dijo

Tgari con una estruendosa risotada.

De pronto se frotó los ojos.

—¡Que las estrellas negras caigan sobre mí! Me parece que voy a tener que ir a la máquina sanitaria más pronto de lo que pensaba. ¿Qué te parece? Aún no he cumplido cincuenta años… y ya tengo dificultades de visión.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Kon.

—Esa maldita aguja del indicador de densidad atmosférica. Otra vez me pareció que sus marcaciones eran inferiores al mínimo normal.

Kon se acercó al aparato y examinó la esfera de control.

—Está en su sitio —dijo.

—Pues hace unos momentos, me pareció que marcaba una cifra inferior a lo normal. Lo que dije antes; me hace falta una revisión en el aparato visual.

Kon ocultó una sonrisa. Sus presunciones se convertían en realidad.

Volvió a su sitio. Al terminar de trabajar, se despidió apresuradamente de Tgari y se trasladó en el acto a su casa.

Nyria le llamó. Kon le puso como pretexto que estaba redactando un informe secreto sobre el funcionamiento de la Estación Receptora. Dado que Nyria era sólo Siete Tres, no tenía por qué saber que los Siete Cuatro no formulaban jamás informes de tal clase y aceptó la excusa sin protestar.

Eonia compareció a las tres en punto. Su indumento era el mismo de la víspera.

—¿Por qué va descalza? —preguntó él.

—¿Dónde hay accidentes en el suelo que dañen la planta de los pies? —repuso la joven sarcásticamente.

—Pero si va a un parque…

Ella suspiró.

—Es usted tremendo, Kon Barcq. ¿Desde cuándo un Siete Menos Siete, procedente de degradación y no de origen tiene derecho a pisar la gravilla de un parque? —respondió.

—¿Tiene usted razón? Perdóneme. ¿Vamos ya?

Eonia hizo un gesto de resignación.

—Se nota que todo lo ha aprendido en las máquinas de enseñanza. Usted tiene cinturón traslatario, pero yo debo usar los

medios ordinarios.

—Es verdad. Utilizaremos una plataforma común.

—De las correspondientes a los grados inferiores a Siete a Nivel —le recordó ella.

Salieron del edificio a la amplia avenida y caminaron unos cientos de metros, hasta detenerse ante un poste cilíndrico, de seis metros de altura, pintado con bandas rojas, blancas y verdes. Un poco más allá, había otro poste análogo, pero de color plateado.

Una plataforma, en la que iban cuatro personas, se materializó repentinamente junto al poste plateado.

Un hombre bajó. La plataforma desapareció casi en el acto.

En aquella plataforma, destinada a las personas de rango igual o superior a Siete a Nivel, sólo cabían seis viajeros. El aparato tenía un trayecto determinado y lo recorría incansable y automáticamente, deteniéndose y arrancando en los puntos de parada.

El tiempo empleado en cada etapa era mínimo. Duraba más la parada; un minuto, con objeto de que los pasajeros pudieran subir y bajar sin molestias ni apresuramientos.

Por todas partes había canales de comunicación semejantes, que se entrecruzaban de modo perfecto, a la manera de una gigantesca red tridimensional, que cubría por completo todo el ámbito de la ciudad a lo largo, a lo ancho y en profundidad. Ciertamente, el transporte, como la alimentación, el vestido y la diversión, era gratuito.

Una segunda plataforma, mucho mayor que la primera, se hizo visible junto al poste tricolor. Bajaron ocho personas y subieron nueve, Kon y Eonia entre ellos. Al cabo de sesenta segundos, la plataforma arrancó de nuevo, sin intervención de la mano del hombre.

Recorrieron doce estaciones, separadas entre sí por kilómetros. El viaje les costó, por tanto, doce minutos y algunos segundos.

Luego, caminaron trescientos metros más. Eonia buscó una estación de trayecto transversal. Veinte estaciones más adelante, se apeó, seguida de Kon Barcq.

—Ya hemos llegado —dijo.

Caminaron unos cuantos metros y entraron en un edificio de pocos pisos. Momentos después, llamaron a una puerta.

Una mujer, de mediana edad, todavía atractiva, salió a recibirles.
—Mamá —saludó Eonia.
—Hola, muchacha —sonrió la mujer—. Vio a Kon y se puso seria. —Un Siete Cuatro— exclamó.
—Sí, mamá —dijo la joven—. Te presento a Kon Barcq. Kon, mi madre, Edia Filal.
—Señora —murmuró el joven.
—Celebro conocerle, señor —contestó Edia—. Pasen, por favor. Papá se alegrará de verte, Eonia.
—Yo también, aunque espero que sabrá ser comprensivo conmigo.
—Estoy segura de que no tuviste la culpa —dijo la madre de Eonia—. Por aquí, hágame el favor.
Entraron en un salón. Un hombre contemplaba la pantalla de distracción y se puso en pie al verles.
—Kon, mi padre Zabz Filal. Papá, te presento a Kon Barcq, Siete Cuatro.
Zabz Filal hizo una cortés inclinación de cabeza.
—Encantado de conocerle, aunque, diciendo la verdad, no tengo motivos de satisfacción en conocer a una persona de rango superior al mío.
—Si lo dice por lo que le pasó a Eonia, quiero que sepa que la culpa no fue mía, Zabz Filal —declaró el joven.
El padre de Eonia movió la cabeza.
—No es ése el motivo únicamente —contestó.
—¡Papá! —exclamó ella—. No me alarmes. ¿Te ha ocurrido algo?
—Sí, y muy poco agradable. He recibido la visita de un Servidor Grado Tres de Control Ciudadano. No venía solo.
Kon frunció el ceño.
—¿Se llamaba Wedonc? —presintió.
—Sí… ¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Zabz.
—No importa. Siga. ¿Qué le ha dicho Wedonc?
—Ha traído una orden del Supremo Coordinador de Control Ciudadano y se me ha llevado la mayoría de mis libros.
—¡Oh! —exclamó Eonia.
Kon apretó los labios.

—Me vigilan, evidentemente —murmuró—. ¿Tenía usted quizá, una historia de la Ciudad?

—Sí —respondió Zabz—, y ése es, precisamente, uno de los títulos que figuran entre los que Wedonc decomisó.

Capítulo VI

Kon llegó a su departamento con el ánimo notablemente deprimido.

Por fortuna, había hablado con Zabz Filal y le había dado preciosas indicaciones para llegar al Núcleo. Pero, se preguntó, ¿podría hacerlo sin grave riesgo?

Recordó la primera vez que quiso trasladarse al Núcleo. Wedonc le había dicho que el golpe recibido era la respuesta del propio Núcleo. ¿Podía creerse en una cosa semejante?

Abrió la puerta. Lo primero que vio fue una blanca cuartilla de papel sobre la mesa.

Antes de cogerla, estuvo reflexionando largo rato. ¿Quién le enviaba los mensajes? Sospechó un instante de Eonia, pero abandonó la idea acto seguido.

Al menos, en lo referente a aquel mensaje. Era imposible que Eonia se lo hubiese dejado, porque acababa de trasladarse instantáneamente desde la casa de sus padres.

Llegó a la conclusión de que, por el momento, le resultaba imposible conocer al autor. Era mejor leer su contenido:

> *¿Quién viola las leyes establecidas por los Constructores? ¿Los actuales gobernantes o bien los herejes?*
>
> *¿Conoces tú la primitiva ley? ¿Qué te han enseñado durante tus largos años de estudios para llegar al puesto que ahora ostentas?*
>
> *Sería curioso conocer las explicaciones que daría el Colegio de los Siete Cuatro si alguien les presentase un*

volumen con el código primitivo. ¿Por qué no intentas hallarlo?

¿Todavía no sabes dónde está el Núcleo? ¿Sabrías llegar a él, si conocieras el camino?

¿Te atreverías a enfrentarte con la Verdad… con lo que ahora es llamado Herejía?

Medita; tal vez muy pronto tengas ocasión de actuar.

Kon se sentó en un diván y reflexionó largamente. Alguien sostenía que la llamada Herejía era la Verdad. ¿Era esto cierto?

Aquella noche, Kon tuvo que pedir auxilio a la máquina de dormir para conciliar el sueño.

Acudió al trabajo con puntualidad.

—¿Cómo va tu vista? —Fue lo primero que preguntó a Tgari, apenas se hubieron hecho cargo de su labor.

—Bien, no tengo nada de particular en ella.

—Me alegro. ¿Has consultado con la máquina sanitaria?

—Hice una consulta preliminar. El resultado fue satisfactorio.

Kon movió ligeramente una palanquita.

—Tgari, ¿en qué consiste la Herejía? —preguntó de súbito.

—¡Por las estrellas negras! —exclamó el hombrecillo—. ¡No pronuncies esa palabra!

—¿Por qué? Soy un Siete Cuatro. Los de nuestra clase tenemos libertad para discutir toda clase de temas.

Tgari hizo una mueca.

—Discútelos tú —rezongó—. Yo no tengo ganas.

Y se encerró en un hosco silencio, del que apenas salió en el resto de la jornada.

Al día siguiente, sin embargo, Tgari se sintió más comunicativo.

—Bueno, creo que ya falta poco para que te elijan pareja, ¿no es cierto?

—Sí. Iré dentro de tres días.

—Te deseo mucha suerte. Ya ves, a pesar de lo que digo, yo no puedo quejarme de mi pareja.

—¿Has tenido hijos?

—Dos. Uno está en la Escuela para Grados Siete Tres —declaró Tgari con orgullo—. El otro estudia Ingeniería de Mantenimiento.

Algo superfluo; las máquinas nunca fallan, pero si es su gusto…

—Se lo descubrirían las máquinas, claro.

—Por supuesto. El futuro Ingeniero acabará aquí, te lo pronostica su padre.

—Así te lo deseo —contestó el joven.

Por la tarde, estuvo a visitar a la hermosa Nyria. Lo pasó bien, aunque, sin conocer exactamente las causas, habría deseado cambiarla por Eonia.

Al despedirse, ella le abrazó cálidamente.

—Querido, espero con ansiedad el dictamen de la Emparejadora.

—Dirá que tú y yo debemos ser uno para el futuro —sonrió él, inclinándose para besarla.

Cuando llegó a su apartamiento, se encontró a Wedonc sentado en un sillón.

Kon frunció el ceño.

—Controlador, su profesión no le da derecho a penetrar en el domicilio de un Siete Cuatro —dijo severamente.

—Lo sé —respondió Wedonc sin inmutarse—. No obstante, y en gracia a las circunstancias, me he permitido entrar sin su permiso.

—¿Acaso viene a comunicarme otra amonestación?

Wedonc meneó la cabeza. Alargó la mano y señaló un paquete que había sobre una mesita cercana.

—Algo mejor —dijo—. Le he traído un libro.

—No leo —declaró Kon.

Wedonc sonrió.

—Sus palabras desmienten sus actos —manifestó—. Le he traído el libro que usted pidió anteayer a Zabz Filal.

Kon se puso rígido.

—La vigilancia continúa —dijo.

—Sí —suspiró Wedonc—. Continuará hasta el momento de su muerte. No es agradable saberlo, pero así son las leyes. Además, ello evita los delitos. ¿Ha oído hablar alguna vez de muertes violentas, robos y otra clase de crímenes?

—No, nunca.

Wedonc se puso en pie.

—Ésa es una de las cosas buenas de nuestro rígido sistema de Control Ciudadano —dijo—. No todo había de ser malo, ¿verdad?

—Dudo mucho de que sea tan bueno como usted lo pinta.

—Sí, pero yo no hago las leyes. Simplemente, las aplico.

Wedonc se dirigió hacia la puerta.

—Espero que la lectura le distraiga —deseó, en el momento de salir.

Kon guardó silencio. Al quedarse solo, se precipitó sobre el libro. Era muy grueso, más de quinientas páginas.

Se sentó en el diván y lo abrió por la primera página. Empezó a leer, pero, a los pocos momentos, sintió una fatiga terrible.

—Este mundo es repugnante —masculló—. No estoy acostumbrado a leer en absoluto y la vista se me fatiga enormemente.

Sin embargo, tenía la solución al alcance de su mano. Como perteneciente al grado máximo, disponía de máquina lectora.

Tendióse en el diván. Del casco colocado sobre su cabeza brotaba una suave voz, que leía sosegada y acompasadamente las páginas impresas.

Estuvo toda la noche, hasta que la máquina terminó de leerle el libro. Cerca del amanecer, se durmió un poco.

Durante el período de trabajo, estuvo muy pensativo. Al terminar, corrió de nuevo a su casa.

Leyó durante una hora, esforzándose por dominar el cansancio. Al terminar los primeros capítulos, dejó el libro a un lado, se puso en pie y se situó frente a la pantalla.

—Propongo una comunicación con Zabz Filal. Siete a Nivel,
400-T-1662.

La imagen del padre de Eonia apareció a los pocos momentos en la pantalla.

—Saludos, Kon Barcq —dijo—. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí. Ayer me trajeron a casa una historia de la Ciudad.

—¿Le concedieron la lectura? Claro, qué pregunta; usted es un Siete Cuatro…

—Yo no pedí ese libro; me lo trajo el mismo que se lo llevó de su casa.

—¿Wedonc?

—Sí. Anoche, una máquina lectora me lo leyó por completo. Hoy he leído yo personalmente unos cuantos capítulos.

—Entonces, conoce el origen de la ciudad —dijo a Zabz.

Kon soltó una risa amarga.

—Dígame, Zabz Filal, ¿en su libro, se expresaba la teoría de que la Ciudad se formó a sí misma en sus principios, que el Núcleo apareció como consecuencia de una explosión-implosión de materia estelar que dio origen a los seres animados y a las materias no orgánicas?

—¿Cómo ha dicho? —exclamó Zabz, atónito—. ¡Qué absurdo! ¡Jamás había oído una insensatez semejante…! Le niego me perdone, Kon Barcq —se disculpó apresuradamente el padre de Eonia—. Eso es una fantástica mentira —declaró.

—Lo mismo pensaba yo —respondió el joven—. Y ello me ha abierto los ojos. Sencillamente, han impreso un libro con la historia de la Ciudad que quieren que yo aprenda.

—Y el auténtico habrá sido destruido —se lamentó Zabz—. ¿Quiénes son ahora los herejes?

—Gracias por todo, Zabz; no tengo nada más que decirle.

Hizo un gesto con la mano y la comunicación quedó cortada.

Algo no iba bien en la ciudad. Era un engranaje perfecto, pero empezaba a rechinar.

¿Por culpa suya? ¿Por la de los denominados herejes?

De repente se sintió compelido a realizar una misión, que debía llevar a cabo por encima de todo:

¡Tenía que hallar la Verdad!

¿Dónde estaba la Verdad?

En alguna parte, tal vez en el Núcleo…, pero no en las retorcidas mentes de un selecto grupo que dominaba a la Ciudad en provecho propio.

Kon pensó:

—Si la Verdad se supiera por completo, muchos de los que ahora ocupan cargos elevados, con honores, prebendas y beneficios inmerecidos, perderían todo. No les conviene, pues, que se conozca la Verdad, y acusan públicamente de Herejes a quienes tratan de abrir los ojos a los demás.

Dos días después, compareció ante la máquina emparejadora.

Tenía que obedecer la ley. No podía eludirla.

Sin embargo, tenía sus proyectos. En el momento en que le fuera posible, emprendería el viaje hacia el Núcleo.

Allí, en el Núcleo, estaba la Verdad.

Se sentó frente a la máquina. Esperó largo rato en silencio.

Al fin, la pantalla de la máquina dijo:

—Su pareja indicada es Eonia Filal, Siete Menos Siete, 3000-B-8075.

Kon regresó a su casa completamente trastornado. ¡Casarse con Eonia!

¿Qué diría Nyria?

Cuando se materializó en el apartamiento, vio que Wedonc estaba aguardándole.

—¿Otra vez usted?

Wedonc movió la cabeza afirmativamente. Su rostro tenía una inusitada seriedad.

—Tengo que darle una noticia poco agradable, Kon Barcq.

—La que acabo de recibir no lo es mucho que digamos. Vengo de la Emparejadora.

—¿Se llama Eonia Filal su futura pareja?

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted?

Wedonc sonrió amargamente.

—Barcq, aunque usted no lo crea, también soy humano. En estos momentos, la máquina está rectificando su dictamen. No puede casarse con esa chica.

—¿Por qué? —inquirió Kon asombrado.

—La han desterrado de la Ciudad.

CAPÍTULO VII

Apenas se hubo marchado el Controlador, Kon se situó frente a la pantalla y, con voz resuelta, dijo:

—Propongo comunicación con
Su-O,
Siete Cuatro,
S-800.

Momentos después, el rostro de
Su-O
aparecía en la pantalla.

—Aceptada la comunicación —dijo el antiguo maestro de Kon —. ¿Motivos importantes?

—Señor, solicito una reunión del Colegio Restringido de los Siete Cuatro —dijo Kon decididamente.

—Parece usted muy nervioso —observó
Su-O.

—Es posible, señor. ¿Qué me contesta?

—Pasaré su petición al director del Colegio. Espere mi respuesta.
Su-O
apareció de nuevo en pantalla media hora después.

—Reunión concedida para dentro de sesenta minutos —dijo.

—Gracias, señor.
Su-O
le miró severamente.

—Barcq, ojalá sus motivos sean lo suficientemente justificados para la reunión. En pocos días ha conseguido una amonestación; no provoque la segunda.

Kon iba a contestar que no le importaba en absoluto, pero prefirió moderarse:

—Estimo que los motivos poseen la suficiente fuerza para solicitar la convocatoria —respondió—. Gracias de nuevo, señor.

Sesenta minutos más tarde, entraba en el salón donde los hombres de Grado Siete Cuatro celebraban sus reuniones restringidas. Eran once, en total, y a la cabeza de ellos estaba, para asombro de Kon, el propio Tgari.

Por un momento, la presencia de Tgari le hizo vacilar, pero se acordó de Eonia, perdida en un mundo salvaje, y ello le dio nuevos ánimos.

—Saludo a todos —dijo cortésmente.

—Para ser un recién llegado a nuestras filas, pronto convocas una sesión de Colegio Restringido —dijo Tgari cáusticamente—. Siéntate y habla.

Kon paseó la vista a su alrededor. Sus colegas le contemplaban en silencio, inexpresivamente.

—Quiero que se me conceda permiso para ir al planeta almacén —dijo al cabo, sin más preámbulos.

Hubo un movimiento de sorpresa general. Tgari soltó una risita.

—Pides muy poco —dijo—. ¿No quieres lanzarte también a las estrellas? Con tu cinturón de traslación instantánea podrías llegar muy lejos.

—Que exprese los motivos —pidió uno de los presentes.

Kon miró a Tgari.

—Lo siento por ti —dijo—. En cierto modo, tú eres la causa de mi solicitud.

Tgari respingó.

—¿Qué estrellas negras estás diciendo? —barbotó.

—Ya lo has oído. Tú mismo debes recordarlo. ¿No te quejaste de tu vista días atrás?

—Sí, pero en la consulta preliminar a la máquina sanitaria, los resultados fueron satisfactorios.

—Tanto mejor para ti —contestó Kon imperturbable—. Y tanto mejor para mí, porque así se me concederá lo que pido. Si tu vista está bien, entonces, hay algo que falla en la Estación Emisora de Atmósfera.

Un súbito murmullo se produjo entre los presentes. Varios de ellos miraron a Tgari acusadoramente.

—Eso no nos lo habías dicho —habló alguien.

—Mi vista está bien…

—Entonces falla la máquina —declaró Kon obstinadamente.

—Si hay fallos en la máquina… —dijo uno.

—¿Cómo va a haber fallos en la Estación Emisora? —dijo Tgari de mal humor—. No se han producido en siglos y se van a producir ahora, precisamente.

—Estamos demasiado habituados a que las máquinas solucionen todos nuestros problemas —dijo Kon serenamente—. Hemos de pensar que son eso precisamente: máquinas, y como tales, imperfectas a la larga. No se puede jugar con la atmósfera de varios cientos de millones de personas. Hay que averiguar lo que ocurre en el planeta de suministros… y cuanto antes lo hagamos, mejor para todos.

Una vivísima discusión se entabló acto seguido. Al fin, Tgari, imponiéndose a los demás, dijo:

—Conviene someter el asunto a votación. Ya tenemos el voto positivo de Kon Barcq. Que los demás expresen el suyo, levantando un brazo.

Diez brazos se alzaron en el acto. Tgari permaneció quieto.

Una mueca de rabia desfiguró su rostro un instante. Kon comprendió que se sentía derrotado.

—Está bien, pero antes, en privado, quiero someter un problema a la atención de mis colegas —dijo Tgari al cabo—. Retírate y espera en la antesala.

Kon se puso en pie y salió sin pronunciar palabra.

Esperó media hora larga. Al cabo de ese tiempo, se abrió la puerta. Tgari apareció en el umbral.

—Tu petición ha sido concedida, pero bajo determinadas condiciones —expresó.

—Aceptadas —declaró el joven sin vacilar.

—Primero, partirás dentro de siete días exactamente. Aunque exista el fallo, realmente, nuestras reservas de atmósfera son suficiente para varios meses.

—¿Por qué siete días?

—Lo siento. Deniego la explicación.

—Está bien. ¿Más condiciones?

—Irás sin armas, sólo con tu cinturón traslatorio y una herramienta universal. Caso de existir realmente la avería, se te

enviarán los materiales y herramientas necesarios.

—Conforme, Tgari.

El hombrecillo le miró irónicamente.

—Esperaba que me dieras las gracias —dijo.

—Votaste en contra mía —respondió él—. Además, sé positivamente que te molesta mi gesto. Estoy seguro de que te has impuesto a los demás para retrasar la partida en siete días.

—¡No digas tonterías…!

—Hablo con la verdad —dijo Kon impasiblemente—. Hablando con sinceridad, tú y yo conocemos los auténticos motivos de mi petición, pero tú quieres que ella muera. Al menos, me gustaría saber por qué deseas su muerte.

El rostro de Tgari se convulsionó.

—¡Vete a las estrellas negras! —contestó con acento lleno de furia.

Y sin más, pasó por delante de Kon y echó a andar. A los pocos metros, su cinturón le desmaterializó y desapareció de la vista del joven.

Kon meneó la cabeza.

—El verdadero motivo estriba en su miedo —dijo—. Teme a la Verdad, así de sencillo.

* * *

Cuando oyó que llamaban a la puerta, Kon se levantó a abrir.

Era Wedonc. El Controlador sonreía amablemente.

—Hoy pido permiso —dijo.

Kon se fijó en que Wedonc traía un libro en la mano, pero no formuló el menor comentario.

—Pase. Le invitaré a un refresco.

Wedonc cerró a sus espaldas.

—He leído algunos tratados de Historia Primitiva —manifestó—. Los antiguos pobladores y fundadores, de la Ciudad, cultivaban unas plantas de las que se extraía un jugo agradable al paladar y muy estimulante en pequeñas dosis. Se llamaba vino.

—Es una palabra nueva para mí.

Wedonc se sentó en un sillón.

—Si se abusaba, podían producirse pequeñas catástrofes,

generalmente a escala individual. También se producía hábito, aunque esto era ya menos frecuente. Ignoro por qué se abandonó el cultivo de aquella planta.

—Tal vez por superflua —apuntó Kon, entregándole una botella —. ¿Le gustaría volver a aquellos tiempos?

—Prefiero el presente —respondió Wedonc—. Usted sí va a regresar al pasado.

—¿Lo cree así?

El Controlador bebió un largo trago antes de contestar:

—Los Constructores vinieron del planeta almacén, como nosotros le llamamos. Hace de eso ya más de mil años. No sé por qué lo abandonaron, pero, a veces, me pregunto si convendría volver allí de nuevo.

—Yo voy a ir —dijo Kon.

—En cierto modo, le envidio, aunque, repito, prefiero la seguridad de este presente.

—Un presente en el que no es necesario pensar. Las máquinas piensan por nosotros.

Wedonc se encogió de hombros.

—Ventajas y desventajas de una época —contestó—. ¿Acaso prefiere enfrentar los peligros de un modo en total estado de salvajismo?

—Voy a hacerlo —dijo Kon.

—Lo sé. —Wedonc le miró fijamente—. Dudo mucho de que encuentre con vida a la chica.

Kon le miró fijamente.

—Está enterado de todos mis pormenores —manifestó.

—Lo supe sin más que mirarle, apenas le di la noticia —replicó el Controlador—. Usted no dijo nada entonces, pero se le veía en los ojos. Le felicito por el pretexto encontrado para justificar el viaje.

—Wedonc, el pretexto es auténtico. Hay fallos en la Estación Emisora de atmósfera respirable.

Wedonc respingó.

—No estará hablando en serio —dijo.

—Wedonc, hay cosas con las cuales no se puede bromear en absoluto —respondió el joven solemnemente—. No sé qué le habrá dicho Tgari, pero los indicadores han señalado algunos días presiones inferiores a la mínima tolerable. Hay que investigar y

hallar la avería y repararla.

—¡Estrellas negras! —masculló el Controlador—. Así, pues, la cosa es más seria de lo que parece.

—Lo es —confirmó Kon—. Confío, sin embargo, en llegar a tiempo y reparar el fallo.

—Se lo deseo de todo corazón —dijo Wedonc—. Bueno, me voy y… Ah, lo olvidaba. Le he traído un libro.

Kon le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Qué clase de libro? ¿Otra falsificación?

Wedonc se echó a reír.

—Sólo cumplía órdenes —dijo—. Ahora, sin embargo, es diferente; he venido por propia iniciativa. Lea este libro… o mejor, póngalo en la máquina lectora; así lo retendrá íntegro en la memoria. Usted lo ha aprendido todo en las máquinas de enseñar; aprenda ahora a defenderse de cualquier peligro en aquel mundo salvaje.

Se puso en pie y caminó hacia la puerta. Desde allí, se volvió y miró al joven.

—También enseña a construir armas ofensivas y defensivas —concluyó—. ¡Buen viaje y… adiós!

«Adiós», repitió Kon mentalmente. Era la misma despedida que había empleado Eonia… y
Su-O
en cierta ocasión.

CAPÍTULO VIII

Rodó por un suelo herboso, blando y mullido. Olía a humedad, incluso a podrido, pero predominaban los olores agradables. La selva era espesa, muy frondosa en las copas de los árboles. Un río se deslizaba mansamente a pocos pasos de distancia.

Lentamente, Kon se puso en pie y recorrió con la vista el paisaje que le rodeaba. ¡Qué diferente aquella floresta de los parques ciudadanos! Cantaban los pájaros, se oía el rumor de las hojas, movidas por el viento y, en fin, aun en medio de un relativo silencio, sé escuchaban mil ruidos que jamás se oían en los parques de la Ciudad, cuidados, regidos y controlados en su crecimiento y cuidado de las plantas por las máquinas.

Allí no había máquinas. Todo era libertad… la libertad de un mundo en estado absolutamente natural. Un pequeño animalito se detuvo delante de él y le contempló curiosamente, moviendo las erectas orejas. Luego percibió algún ruido sospechoso y escapó a la carrera.

Kon recogió la bolsa que había llevado consigo y se le había caído al rodar por tierra. Llevaba algo de comida y una herramienta universal, movida por una casi microscópica batería, que podía proporcionarle energía durante un año. Tgari le había prohibido llevar armas, pero no la herramienta.

Bien mirado, Tgari había dicho que sólo debía llevar el cinturón, pero… ¿no había estado engañándole continuamente? No llevaba armas, aunque sí los medios para fabricarlas. Y en la mente tenía muchos conocimientos útiles que había recibido del libro prestado por Wedonc y que esperaba le serían de inapreciable utilidad durante su estancia en el planeta almacén.

Caminó hasta el río. Arrodillándose en la orilla, tomó un poco de

agua en el hueco de la mano y probó el líquido. Tenía un sabor enteramente distinto al del agua completamente purificada que les servían en la Ciudad.

El río era muy ancho. Imposible atravesarlo a nado, a pesar de que conocía teóricamente los fundamentos de la natación. Además, no le era preciso.

Retrocedió un poco y empezó a caminar a lo largo de la orilla. La Estación Emisora no debía de estar muy lejos.

Precisamente no había querido marcar con justeza las coordenadas de la Estación, a fin de no materializarse en su interior y provocar algún accidente de peores consecuencias que la avería que trataba de evitar. Además, quería conocer de manera práctica cómo era la vida tanto animal como vegetal en la superficie del planeta de suministros.

La floresta se acabó de pronto y Kon salió a una amplísima llanura, de suaves ondulaciones, cerrada muy a lo lejos, por una cadena de azules montañas, cubiertas sus cimas de nieve blanquísima. En lo alto, la estrella resplandecía, proporcionando luz y calor al planeta.

Kon se quedó extasiado durante unos momentos. Todo era tan maravilloso… tan distinto de verlo en la realidad a contemplarlo en las máquinas de distracción… En el cielo revoloteaban alegremente unos pájaros. El río parecía una cinta de plata serpenteando por la llanura, ligeramente ondulada en numerosos puntos y con colinas cubiertas de verdor y valles frescos y umbríos.

Muy a lo lejos, divisó algo que brillaba al ser herido por los rayos de la estrella. Era la Estación Emisora, sin duda.

Se veía la tenue columna de gasa que ascendía hacia las alturas y que era el continuo chorro de atmósfera que cubría las necesidades vitales de los habitantes de la Ciudad. Kon debiera haber ido inmediatamente a la Estación, pero no tenía prisa alguna.

Conocía los posibles peligros con los que podía enfrentarse. Antes de dar un paso, debía fabricarse un arma.

Sacó la herramienta y empezó a buscar un árbol adecuado. Trabajó durante largas horas; era una tarea que nunca había realizado y que le resultaba completamente nueva. Cuando la estrella empezó a acercarse al horizonte, Kon disponía de un magnífico arco, ya seca la madera mediante una aplicación de calor

ultrarrápido de su herramienta universal, y de doce flechas de más de un metro de longitud y perfectamente equilibradas.

La noche se acercaba. Recordó determinado pasaje del libro. Era preciso encender una hoguera.

La herramienta le sirvió de sierra en esta ocasión. Media hora después, había reunido un impresionante montón de leña. Reunió unas cuantas astillas y las prendió fuego con una descarga de calor.

A poco, las llamas ardían alegremente. Kon tenía hambre y empezó a cenar. ¡Qué distinto era el apetito que ahora sentía del que sentía en la Ciudad! Incluso los alimentos le supieron mejor que nunca.

Fascinado, contempló las llamas por primera vez. El calor de la hoguera también era distinto del que sentía en su hogar de la Ciudad. Llegaba a todo su cuerpo y penetraba gratamente hasta los huesos. ¿Y ésta era la suerte tan horrible de los desterrados?, se preguntó, invadido por una dulce somnolencia.

Durante la noche, se despertó varias veces para reavivar el fuego. A lo lejos oyó ruidos raros: rugidos, gruñidos, cacareos, graznidos… Era un mundo estallante de vida.

Los primeros rayos de la estrella naciente le sorprendieron ya en pie. Antes, de reanudar la marcha, hizo una hora de prácticas con el arco. Un Siete Cuatro tenía la mente especialmente apta para ejercicios cerebrales, pero por lo mismo, podía coordinar el esfuerzo muscular a la perfección. En aquella breve hora adquirió una increíble maestría en el manejo del arco.

Una vez estuvo convencido de que podía defenderse con toda facilidad, emprendió el camino. Se preguntó dónde podría haber aterrizado Eonia. ¿Cómo se buscaban las huellas de una persona?

Su mente recorrió el pasaje del libro especialmente dedicado a este tema. Mientras trotaba hacia la Estación escudriñaba constantemente el suelo en busca de algún rastro.

A mediodía, se dio cuenta de que la Estación no se hallaba tan cerca como parecía. La perspectiva engañaba; era una construcción muchísimo mayor de lo que aparentaba a simple vista.

Debía descansar, se dijo. Se acercó a la orilla del río y eligió un remanso poco profundo. Por primera vez en su vida conoció lo que era el contacto con el agua sin purificar, en su estado natural. Jamás había tomado un baño tan agradable.

Se secó a los rayos de la estrella. Luego eligió la sombra de un árbol para sentarse y tomar algo de alimento. Pensó que pronto debería empezar a cazar.

Estaba terminando de comer, cuando oyó un ligero chasquido en las inmediaciones. Su mente, en fracciones de segundo, recordó el pasaje del libro que correspondía a una situación semejante.

En el acto, se tiró a un lado. Algo silbó en el aire y se clavó en el suelo con terrible fuerza. Un largo palo osciló repetidas veces en el sitio que su cuerpo había ocupado una fracción de segundo antes.

Sonó un feroz alarido. Un hombre salió de los arbustos cercanos y se abalanzó contra él, enarbolando un grueso garrote. Kon se puso en pie y se dispuso a repeler la acometida.

El palo empezó a caer sobre su cráneo. Kon se ladeó de un salto y luego; estirando ambos brazos, agarró con una mano el brazo derecho de su atacante. Con la mano libre le golpeó la nuca. El hombre soltó el garrote y cayó al suelo.

Kon corrió hacia su arco y puso una flecha en la cuerda. El hombre se agitó un poco y se sentó en el suelo, mirándole con expresión de asombro.

—Luchas bien —dijo.

Kon sonrió.

—Es la primera vez que lo hago —contestó. Tensó la cuerda—. Estoy en el derecho de matarte —dijo.

El hombre se sintió temeroso.

—¡Demonios! ¡No irás a…!

—Tú intentaste asesinarme por la espalda, sin previo aviso. ¿Crees que yo puedo guardarte alguna consideración?

—Tienes razón —suspiró el individuo—. La vida aquí es muy dura. Olfateé la comida y…

Kon estudió críticamente al sujeto. Parecía joven, aunque la larga barba y las melenas de un cabello que crecía libremente, le conferían una apariencia de mayor edad. Sin embargo, no se le veía ninguna cana.

Estaba semidesnudo, cubierto su cuerpo únicamente con algunos harapos que ya no conservaban la forma primitiva del traje que habían sido una vez. Iba descalzo y, en torno a la cintura, sujeto con un cinturón de fibras vegetales, llevaba una herramienta parecida a un cuchillo.

—Si quieres comer, hazlo —dijo Kon, señalando su bolsa—. Pero pronto tendremos que cazar. ¿Cómo te llamas?

—Hmin —respondió el hombre, empezando a levantarse.

—Hmin. ¿Sólo eso?

—Nada más. ¿Para qué necesito otro nombre?

—¿Desterrado?

—Hijo de desterrados. Nací aquí —contestó Hmin con orgullo no disimulado.

Volvió a mirar hacia la bolsa. Kon dejó el arco a un lado.

Abrió una lata de alimento y se la entregó.

—Come —dijo.

Hmin metió los dedos directamente en la lata. Hizo una mueca.

—Supongo que debe de nutrir, pero es horrible —dijo.

—Es lo que comemos en la Ciudad —contestó el joven.

—La vida aquí no es fácil, pero no os envidio.

—Hmin despachó el contenido de la lata en cuestión de segundos y luego la lanzó a un lado desdeñosamente. —Prefiero la carne asada de un buen conejo. Lo malo es que no se dejan atrapar fácilmente.

—¿Cómo? —se sorprendió Kon—. ¿Hijo de desterrados… y no sabes tender lazos… ni siquiera construir un arco y unas flechas?

Hmin meneó la cabeza.

—Mis padres fueron desterrados de la Ciudad poco antes de que yo naciera. Cuando contaba apenas diez años, murieron devorados por las fieras. Yo me quedé solo… pero tengo la impresión de que no sabían desenvolverse aquí.

—Es posible —admitió Kon.

—Ellos me contaban muchas cosas de la Ciudad. ¿Es cierto que allí hay máquinas que lo hacen todo?

—Sí, es cierto.

Hmin hizo un gesto con la cabeza.

—Algunas máquinas deben de ser buenas, pero un mundo regido totalmente por las máquinas, no puede ser bueno. Yo recuerdo que, pese a su relativa incapacidad, se sentían felices aquí abajo.

—Lo creo. ¿Vives solo, Hmin?

—Tengo mujer y un hijo —contestó el hombre orgullosamente.

—¡Vaya! —exclamó Kon—. ¿Cómo encontraste a tu esposa?

—Era una desterrada. La salvé de una fiera y ella se quedó a mi

lado. Ha comprendido que soy la pareja que necesita.

Kon cerró los ojos un instante. Un mundo totalmente salvaje, donde los humanos se comportaban con apenas más moderación que los animales. Pero, en medio de todo, no era suya la culpa.

—Quiero ayudarte, Hmin —dijo. Le convenía tener un aliado para lo sucesivo. ¿Te gustaría tener un arco y unas flechas?

Los ojos de Hmin brillaron.

—Me encantaría —respondió—. Así podría cazar a distancia…

—A veces, es más útil un buen lazo —dijo Kon sentenciosamente —. De todas formas, empezaremos por el arco y las flechas. Oye, quiero hacerte una pregunta.

—Dime… todavía no sé tu nombre —contestó Hmin.

—Kon —respondió el joven sobriamente—. La pregunta se refiere a una muchacha recién desterrada. ¿La has visto?

Hmin movió la cabeza.

—No. Aparte de mi mujer y de mi hijo, tú eres el primer ser humano a quien veo en muchísimo tiempo —contestó.

Kon no dijo nada. En realidad, ya se esperaba algo parecido.

Lo peor no era desconocer el paradero de Eonia, sino que ni siquiera el propio Wedonc había podido indicarle el lugar al que había sido enviada la joven una vez dictada la sentencia de destierro.

No obstante, y dada la situación de la Ciudad, era razonable suponer que Eonia debía de hallarse en una relativa proximidad. Podían ser cinco o cincuenta kilómetros… pero no mucho más.

Mientras se afanaba en la construcción del segundo arco, pensó que había un medio de llamar la atención de la joven. El horizonte estaba completamente despejado. Sólo se veían algunas nubes blancas en el cielo.

La transparencia del aire era muy grande y la visión alcanzaba a gran distancia. Eran dos factores que Kon no dejó de tener en cuenta.

Una hora después, entregaba el arco y doce flechas a su compañero.

—Entrénate —dijo.

Hmin le contempló estupefacto.

—¿Eres un mago? —preguntó.

Kon se echó a reír.

—No, sólo un hombre… que ahora está aprendiendo en la práctica todo lo que aprendió en las máquinas de enseñar. —«Y en un libro», añadió mentalmente.

Mientras Hmin hacía prácticas con el arco, él reunió leña y encendió una gran hoguera, a la que agregó ramajes verdes. Una enorme columna de humo subió a lo alto.

Eonia vería el humo y sabría que había seres humanos en aquellos parajes. Cuando llegase junto a los restos de la hoguera, vería la flecha que indicaba la dirección tomada por Kon y Hmin al abandonar aquellos parajes.

Al menos, ésas eran las intenciones de Kon.

CAPÍTULO IX

La cuerda del arco se tensó. Hmin soltó la flecha que, tras un rápido vuelo, se clavó en los flancos de un gamo. Hmin corrió hacia el animal y lo remató de un fuerte golpe en la cabeza.

Regresó a la cueva donde le aguardaban su esposa y su hijo. Ella era una agraciada joven de unos veinticuatro años, de largos cabellos oscuros y mirada inteligente.

—Ryana, ¿dónde está Kon? —preguntó, dejando caer al suelo la presa acabada de cazar.

Ella movió la mano señalando hacia atrás.

—Está al otro lado de la montaña —contestó—. Lleva ya toda la mañana, como ayer y como…

—Está bien. —Hmin sonrió con ternura al ver a su hijo gateando por el suelo—. ¿Querrás ocuparte de desollar la res?

—Claro. —Los ojos de Ryana brillaron—. Tendremos comida, Hmin.

—Ahora ya no pasaremos escaseces, querida. ¿Echas de menos a la Ciudad?

Ella le miró amorosamente.

—Ya no —contestó.

—La vida es dura aquí, pero… por lo que me has contado, la Ciudad sólo es buena para ir de visita. Mis padres tampoco lamentaron el destierro.

—A mí se me pasó el dolor bien pronto —dijo Ryana. Echó una mirada hacia las brasas cercanas—. Tengo que avivar la hoguera.

—Sí. A Kon le interesa que Eonia vea el humo. Bueno, voy a ver qué hace…

Minutos más tarde, Hmin divisó a Kon arrodillado al borde de un hoyo en el que estaba ejecutando una operación que no supo

entender en el primer momento.

Esperó unos momentos. Al cabo, Kon se puso en pie y le entregó un objeto largo y brillante.

—Un cuchillo —dijo Hmin extasiado—. ¿De dónde lo has sacado?

—Hay mineral de hierro aquí —contestó Kon sonriendo—. Fue fácil fundir un poco con mi herramienta universal… Otro día trataré de fabricar una navaja de afeitar.

Hmin se pasó la mano por la frondosa barba.

—Me parecerá extraño —dijo—. Jamás me la he afeitado.

—Cuestión de costumbre, desde luego; a mí me parecería un estorbo.

—También a mí me estorba a veces, pero… ¿Vas a seguir fundiendo mineral? —preguntó.

Kon meneó la cabeza.

—No. Sé dónde hay dos elementos químicos…, pero me falta el tercero. Cuando lo encuentre, fabricaré explosivos. Entonces, construiré armas de fuego.

Hmin silbó.

—Eso será estupendo —dijo.

—No hay otro remedio, si se quiere sobrevivir —sonrió Kon. Aún no le había dicho que llegaría un momento en que debería regresar a la Ciudad.

Volvieron a la cueva donde vivía Hmin. La carne de la pieza cazada despedía un apetitoso aroma.

Después de comer, Kon emprendió la marcha.

Llevaba ya una semana en el planeta. Todavía no había ido a la Estación Emisora. Tampoco tenía prisa.

Su interés estaba centrado en Eonia. ¿Habría muerto la muchacha?

A media tarde, encontró un trozo de terreno llano, cubierto de una sustancia blanquecina, que crujía ligeramente entre los dedos. Se llevó unos granitos a la lengua; tenía un sabor salado.

El analizador de la herramienta universal le dio la respuesta que esperaba. Sonrió satisfecho; dentro de un par de días, tendría un rifle dispuesto. Ciertamente, sería de un solo tiro…, pero más adelante construiría uno con mecanismo de repetición. Wedonc le había hecho un gran favor al prestarle aquel libro.

Cortó una gran cantidad de leña y encendió una nueva hoguera. Luego llenó una bolsa con el salitre y se dispuso a emprender el regreso.

Un grito de mujer resonó bruscamente en las cercanías.

Kon miró a su alrededor. El grito parecía provenir de un trozo de terreno selvático, situado a unos doscientos metros de distancia.

Lanzó la bolsa y la herramienta a un lado y corrió en aquella dirección. Mientras corría, aprestó el arco y las flechas.

Una mujer salió a terreno descubierto. Huía de algún grave peligro, no cabía la menor duda.

—¡Eonia! —gritó Kon.

Ella le dirigió una rápida mirada.

—¡Kon, huye!

El joven desobedeció la indicación. En lugar de huir, plantó los pies en el suelo.

Un enorme animal surgió de pronto ante sus ojos. Kon supo en el acto que era un león.

Tensó el arco. El felino, al ver a otra persona, donde sólo había esperado encontrarse con una, se detuvo, como si dudase en la elección.

Estaba a unos treinta metros. Kon tomó puntería con todo cuidado.

La flecha partió con tremendo impulso. Medía más de un metro y se hundió casi enteramente en el pecho del felino.

El león cayó en el acto, revolcándose por el suelo, a la vez que emitía unos rugidos espantosos. Kon se acercó veinte metros más y disparó su segunda flecha, esta vez al cráneo de la bestia. Los movimientos del león cesaron casi en el acto.

Luego se volvió. Eonia le miraba con ojos desorbitados a pocos pasos de distancia.

Tenía el cabello en desorden y su pecho se agitaba afanosamente. El vestido gris acero con que la había visto la última vez, estaba roto y desgarrado por distintos sitios.

—Eres tú, Kon —dijo ella.

Kon avanzó hacia la joven.

—He venido a buscarte, Eonia —declaró con sencillez.

—¿A mí, a una desterrada? ¿Tú, un Siete Cuatro?

Kon meneó la cabeza.

—Ahora soy solamente un hombre —contestó.

Eonia parecía a punto de echarse a llorar.

—Kon… —gimió.

El joven la estrechó entre sus brazos. Eonia escondió la cabeza en su pecho y rompió en un llanto convulsivo. A los pocos minutos, sin embargo, se sintió mejor y se separó de Kon, esforzándose por sonreír.

—Me parece un sueño —dijo.

—No hay tal, es realidad —sonrió él—. A propósito, tus padres están bien. Siento no poderles enviar un mensaje, pero se lo diré en la próxima ocasión.

—¿Vas a volver de nuevo a la Ciudad? —inquirió la joven temerosamente.

—Tengo que hacerlo, por dos razones —respondió Kon—. La primera, he venido a inspeccionar la Estación Emisora de atmósfera. En cuanto a la segunda razón…

Calló un instante. Luego dijo:

—Quiero encontrar el Núcleo, porque en él está la Verdad.

—Deja que la busquen otros —pidió Eonia—. Quédate aquí, Kon.

El joven movió la cabeza.

—La Verdad debe resplandecer en la Ciudad. Estimo que es mi deber hallarla y proclamarla por todas partes.

—Creo que es inútil que te niegue que no vuelvas —suspiró ella —. A fin de cuentas, eres un Siete Cuatro.

—Antes dije que, primeramente, era un hombre —contestó él—. Iré a la Ciudad, pero volveré aquí por una razón poderosísima.

Eonia sonrió.

—¿Yo? —preguntó.

—Sí, tú. ¿Sabes que la Emparejadora dio la orden de que nos casáramos? Eso debió de ser antes de que recibiera los informes sobre tu destierro. Por cierto, ¿qué motivos alegaron?

—Herejía. ¿Qué otros motivos podían aducir?

—Me lo figuraba. Bien, no te preocupes, Eonia. Tú y yo nos hemos encontrado y el futuro es nuestro. Ahora vendrás conmigo a la cueva donde viven unos amigos. Ella es también una desterrada y él hijo de desterrados.

—He visto algunos seres humanos, pero nunca quise acercarme

a ninguno —manifestó la joven—. Les temía.

—Las condiciones de vida en este planeta han creado sentimientos de insolidaridad, pero ello se debe a los recelos propios de esta situación. Si logramos desechar esos recelos, este planeta se convertirá un día en el mejor de los mundos habitables.

—Entonces…, ¿piensas abandonar la ciudad definitivamente?

—Lo haré apenas haya encontrado la Verdad —respondió él con solemne acento.

* * *

Tres días después, sonó el primer estampido de arma de fuego. Los espectadores, incluido el propio Kon, autor del disparo, quedaron momentáneamente aturdidos.

Luego, Hmin, recobrándose, Examinó la rama partida por el impacto de la bala.

—Estoy maravillado —dijo.

Kon sonrió.

—Construiré otro rifle para ti y te dejaré municiones suficientes para una larga temporada. Llévalo siempre encima…, pero usa con preferencia el arco; las flechas son más fáciles de reponer.

Hmin se pasó una mano por la barba.

—Y… ¿qué hay de la navaja de afeitar? —preguntó.

Kon se echó a reír, mientras se acariciaba la mandíbula.

—Rectifico; la fabricaré hoy mismo. También a mí me hace falta un buen afeitado.

A la noche, mientras contemplaban las llamas de la hoguera, Eonia dijo:

—Kon, he pasado por las inmediaciones de la Estación. Vi restos humanos a corta distancia.

—Hay una barrera de energía que la protege. Hiciste bien en no acercarte demasiado.

—¿Cuándo piensas ir?

—Dentro de tres o cuatro días. Por lo que he podido juzgar, el aflujo de atmósfera continúa con cierta normalidad; de lo contrario, ya habría recibido un mensaje conminatorio.

Al cabo de un rato, Kon se levantó y caminó hasta la cercana oscuridad. Eonia le siguió a poco.

—Kon —murmuró.

—Dime, Eonia.

—¿Es cierto… que la Emparejadora me designó para esposa tuya?

—Sí.

—No lo comprendo. Yo era de Grado Siete Menos Tres… degradada luego a la clase más baja…

—Indudablemente, la máquina nos había analizado con todo detenimiento y sus circuitos llegaron a la conclusión de que cada uno de nosotros dos éramos el complemento exacto del otro. La diferencia de clase no tiene relación alguna con nuestro caso. Se supone que cuando se emparejan dos personas de distinto grado, la de grado superior provoca el aumento de nivel de su pareja.

—Es inhumano —murmuró Eonia—. ¿Por qué hemos de dejar que las máquinas elijan por nosotros?

—Es la ley. Pero, en lo que a mí se refiere, dudo mucho que la hubiese aceptado, si mi pareja no hubiera sido de mi agrado.

—Te habrían obligado a aceptarla.

Kon sonrió.

—Ser Siete Cuatro supone la posesión de algún privilegio. Podría haber aplazado el análisis de Emparejamiento por un año.

—¿Lo habrías hecho de no haberme designado la máquina y nombrado a otra en primer lugar?

Kon suspiró. ¿Cuál habría sido su reacción de haber aparecido el nombre de Nyria en la pantalla?

—Eonia, no especules nunca con lo que habría podido ser… haz tus cálculos siempre con lo que es y lo que puede ser —dijo.

—Sí, Kon contestó ella.

Kon se volvió de pronto y la estrechó entre sus brazos.

—No hace falta máquina alguna —dijo—. Si me aceptas, te elijo para esposa.

Eonia alzó sus ojos y le dirigió una intensa mirada.

—Acepto la elección, querido —respondió.

Se besaron dulcemente. Luego permanecieron unos momentos fuertemente abrazados.

—Kon —dijo ella a poco—. Tengo entendido que, antiguamente, se celebraba una ceremonia cuando un hombre y una mujer decidían sus vidas. Alguien con autoridad presidía la ceremonia…

—Tú y yo la tendremos —aseguró él—. Y la celebraremos cuando haya vuelto de la Ciudad.

Eonia se estremeció.

—No puedo pedirte que te quedes ya…, aunque me gustaría tanto.

Kon volvió a besarla.

—Volveré —prometió, antes de separarse de ella.

CAPÍTULO X

Kon y Eonia se detuvieron ante la Estación.

Hmin había quedado en su campamento. Ahora disponía, además de su rifle, el arco y las flechas y el cuchillo, de un hacha que Kon le había fabricado y con la cual había empezado ya a cortar los árboles precisos para construirse una cabaña que sustituyera a la cueva.

Realmente, Kon se sentía satisfecho de que Hmin no les hubiera acompañado. Había cosas para las que Hmin no estaba preparado. Además, debía velar por su esposa y su hijo.

La Estación era enorme.

Era un cubo metálico de unos cien metros de lado, sólidamente asentado en el suelo, pelado y desnudo en un radio de unos doscientos metros a partir del centro de su base.

El metal brillaba fríamente. No había ventanas ni aberturas, excepto una puerta que ahora aparecía cerrada.

La floresta formaba un círculo perfecto en torno a la Estación. Había huesos en el borde del círculo. Algunos de ellos eran humanos.

—Los Constructores previeron un posible ataque y rodearon la Estación con una semiesfera de energía, que la hace prácticamente invulnerable —explicó el joven—. Cualquiera que intente traspasarla, muere en el acto. ¡Mira!

Inclinándose, agarró una rama y la lanzó hacia adelante y hacia arriba. A cinco metros de distancia de ellos y dos sobre el suelo, la rama ardió súbitamente. Las cenizas cayeron al suelo con relativa lentitud.

Eonia se estremeció.

—Es terrible —murmuró—. ¿Cómo vas a pasar al interior de esa

barrera?

Kon sonrió.

—Me dieron una llave, naturalmente —respondió—. Tú vendrás conmigo.

—¿Yo? —se extrañó la joven.

Kon sacó un objeto de la bolsa que pendía de su lado izquierdo. Era un tubo oscuro, mate, con el que apuntó hacia la barrera durante unos segundos.

Se oyó un ligero chasquido.

—La barrera está abierta —dijo él—. No obstante…

De nuevo se inclinó. Esta vez, hizo la prueba con una piedra, que cayó bastante más lejos de los límites de la barrera.

—Vamos —dijo.

Echaron a andar. Al cruzar el círculo, Kon manejó la llave.

—Dejaré la barrera echada nuevamente. —No quiero correr riesgos inútilmente.

—Tienes razón —contestó Eonia.

Caminaron unos pasos más, deteniéndose a unos cincuenta metros de la puerta. Kon miró hacia arriba.

La atmósfera cambiaba tenuemente de color hacia el centro de la cara superior del cubo. El chorro de aire que salía proyectado hacia el espacio en dirección a la Ciudad resultaba fácilmente visible, a causa de los remolinos térmicos que provocaba la corriente.

—La Ciudad fue fundada hace mil años —dijo Eonia—. ¿Cómo es posible que no hayamos consumido la atmósfera en todo ese tiempo, teniendo en cuenta que arriba no se fabrican los gases que la componen?

—Hay varias explicaciones —dijo él, reanudando la marcha—. En primer lugar, la atmósfera de este planeta es capaz para varios miles de millones de personas. El contenido de nitrógeno no varía, pero las plantas, y más ahora que han crecido libremente durante un milenio, fabrican oxígeno constantemente.

»Por otra parte, y previendo un posible agotamiento de las reservas atmosféricas, los Constructores idearon un medio para extraer del subsuelo, mediante descomposición química, los gases componentes del aire respirable. Además, has de tener en cuenta que si ahora somos varios cientos de millones los que respiramos,

en un principio eran menos de mil personas las que se reunieron en la Ciudad.

»Por tanto, el consumo de aire no ha sido siempre tan grande como lo es en la actualidad. Antes de sentir preocupación por ello habrían de pasar todavía otros mil años.

—¿Crees que la Ciudad subsistirá tanto tiempo?

—Es imposible predecir el futuro, pero sí te diré una cosa: acabaremos por establecernos aquí.

—Es un mundo salvaje, Kon.

—Lo convertiremos en civilizado…, pero procuraremos depender de nosotros mismos más que de las máquinas. Bien, vamos a ver qué hay aquí dentro.

La misma llave que había abierto la barrera de energía, sirvió para abrir la puerta que cerraba el acceso al interior de la Estación. Casi con un sentimiento de reverencia, Kon y Eonia cruzaron el umbral.

Un gran silencio reinaba en el interior de la Estación. Los metales brillaban como si acabaran de ser fabricados. Veíanse torres para ascensores, puentes, pasadizos aéreos… y unos enormes tubos, de más de diez metros de diámetro, que formaban distintas curvas, hundiéndose por un extremo en el suelo, mientras que convergían en el otro extremo para formar un único tubo, enorme, colosal, de unos veinte metros de diámetro.

El final del tubo desaparecía en el techo. En su último tramo, estaba rodeado de una especie de cañones de singular aspecto, cuyas bocas apuntaban convergentemente hacia su centro.

—Son los estimuladores de proyección espacial —dijo Kon quedamente.

Miró a su alrededor. El panel de instrumentos de control quedaba a su izquierda. Medía dos metros de altura por cinco de longitud.

—Ahora tendrás que dispensarme un poco —pidió él.

—Haz tu trabajo —contestó Eonia llanamente.

Kon sé acercó al tablero de instrumentos. Empezó a estudiarlos.

En tiempo relativamente breve conoció lo que ocurría.

—No hay peligro inmediato —dijo—, pero sí es preciso intervenir en el plazo máximo de un año.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

Kon le señaló los tubos.

—Se hunden en el suelo a gran profundidad —dijo—. En sus extremos, hay máquinas sumamente perfeccionadas que extraen los componentes gaseosos de las rocas y elaboran la atmósfera, enviándola luego hacia arriba.

—Sí, comprendo.

—Bien, las máquinas elaboradoras están a punto de alcanzar su cota máxima de profundidad, eso es todo.

—¿Qué solución hay?

—Tres: la primera, más lenta y costosa, construir más máquinas o una nueva Estación. La segunda, enviar aire directamente del exterior; sería la más fácil y rápida; con unas ligeras modificaciones, en un mes quedaría resuelto el problema.

—¿Y la tercera? —inquirió Eonia.

—La más difícil, no por el costo material en sí, sino por las medidas que habrían de adoptarse, empezando por las de tipo fisiológico.

—¿Qué quieres decir, Kon?

—Sencillamente, iniciar el traslado de los ciudadanos a este planeta. Hacerles que vivieran aquí, que tomaran conciencia de que son seres humanos y… Pero dudo mucho de que se adopte esta solución —dijo Kon desanimadamente.

—Muchos querrían venir, si se les permitiera —declaró Eonia.

—Sí, pero, en general, reina un conformismo absoluto. ¿Para qué molestarse en buscar comida, si una máquina proporciona toda la que necesitamos? ¿Por qué pasar incomodidades, frío, calor… si arriba gozamos de todas las comodidades imaginables?

—Algunos tienen espíritu acometedor. Quieren sentirse humanos nuevamente… que las máquinas les ayuden, pero no depender de ellas enteramente.

—Sí, pero ¿quién modifica la ley?

—Cuando se conozca la Verdad, la ley se modificará por ella misma —dijo la joven con solemne acento.

—¿Permitirán que se conozca la Verdad?

Eonia calló.

Conocía claramente la respuesta a la pregunta de Kon. No, los Siete Cuatro no permitirían que se conociera la Verdad.

Al cabo de unos momentos, Kon la miró y sonrió.

—Debemos volver, Eonia —dijo.
—Como quieras, Kon.

* * *

—Me gustaría que vinieras conmigo, Eonia —dijo Kon repentinamente.
Ella dejó de mirar las llamas.
—¿Por qué? —preguntó.
—Deseo que me acompañes al Núcleo. Yo solo… no sé si tendría fuerzas para soportar la Verdad…, si es que la Verdad está en el Núcleo.
—Está —afirmó ella—, pero no puedo acompañarte.
—¿Hay algo que lo impida?
—Mi destierro… y tu cinturón. Es individual, recuérdalo; ni siquiera a cien metros de distancia podrías trasladarme.
Kon asintió. El cinturón no funcionaría largos trechos si llevaba a otra persona en brazos.
—Tendré que ir solo —se resignó.
Eonia tomó su mano.
—Cuando conozcas la Verdad, vuelve —pidió.
—Regresaré, puedes estar segura de ello.
Callaron. Era la última noche de Kon en el mundo salvaje.

* * *

La estrella emitió sus primeros rayos de la mañana.
Kon se disponía a partir. Ya se había despedido de Hmin y de su esposa Ryana.
Los dos jóvenes estaban cogidos de la mano. Eonia tenía los ojos húmedos.
—Vuelve pronto —pidió.
—Sí…
Algo chispeó súbitamente a unos pasos de distancia. Ryana gritó.
Una plataforma traslatoria se materializó a pocos pasos de distancia. Era grande, capaz de contener a veinte o más personas.
Kon se revolvió velozmente. Un hombre dijo:

—¡Vamos, abajo, idiotas!

Cuatro hombres y dos mujeres fueron lanzados de la plataforma sin contemplaciones por seis individuos, con uniforme de Controladores. Uno de éstos reparó de pronto en que había testigos de la escena.

—¡Eh, fíjense! —gritó.

Uno de los Controladores se volvió. Kon sufrió una fuerte sorpresa. A diez metros de distancia, Wedonc le miraba con expresión sonriente.

Wedonc le guiñó un ojo. Kon entendió en el acto la señal.

Avanzó con paso firme hacia la plataforma.

—Ustedes —ordenó—, bájense.

Los Controladores vacilaron. Sus miradas se fijaron en Wedonc, cuya respuesta aguardaron con ansiedad. Kon era un Siete Cuatro, pero ¿tenía autoridad para dar una orden semejante?

—Nuestra misión es de servicio —dijo Wedonc—. Podemos llevarle de vuelta a la Ciudad, pero no abandonar el vehículo.

—Muy bien —dijo Kon—. Hmin, apúntales con tu rifle.

Hmin no fue tardo en obedecer la orden. Kon levantó una mano.

—Cuando la baje, uno de ustedes morirá —dijo.

—¡Estrellas negras! —rugió Wedonc—. Me quejaré ante el Colegio General de los Siete Cuatro…

—Antes de que llegue su queja, yo habré sabido dar una explicación de mis actos —respondió Kon altaneramente—. Cumplan mi orden.

Wedonc se encogió de hombros.

—Cedemos ante la fuerza —dijo—. Vamos, muchachos.

Hmin se acercó con el rifle a punto.

—Vamos, lárguense —dijo—. Empiecen a aprender a vivir como seres humanos.

Los policías se dispersaron. A unos pasos de distancia, los desterrados contemplaban la escena, sin acabar de comprender muy bien lo que sucedía.

Kon se acercó a ellos.

—Únanse a Hmin —dijo—. Él será su jefe y su guía, y les enseñará a vivir y a defenderse en este mundo, menos hostil de lo que parece. Aunque crean lo contrario, no tardarán en alegrarse de su destierro.

Los seis condenados no salían de su asombro. Kon sonrió; Wedonc le había facilitado los medios para poder llevarse a Eonia consigo.

Wedonc se acercó al joven.

—Cuando vuelva a la Ciudad, formularé un informe negativo para usted —dijo en voz alta—. Mi siquiera su elevado rango le librará de un severo, castigo; nadie interfiere impunemente en una misión del Control de Ciudadanos.

Luego bajó el tono y bisbiseó:

—Tenga cuidado. Marque las coordenadas del Ángulo Quinto; allí no habrá vigilancia durante unas horas. Cuide su mente; aunque usted no lo sepa, pueden vigilarle telepáticamente.

—Entendido —murmuró Kon. Sonrió despectivamente y exclamó—: ¡Váyase al cuerno! Si no sabe qué es eso, aquí podrá aprenderlo.

Se volvió hacia la muchacha.

—Vamos, Eonia.

Tomó a la joven por un brazo. Los dos, con paso firme, se situaron en la plataforma.

Instantes después, habían desaparecido.

CAPÍTULO XI

La plataforma se materializó exactamente en el punto indicado por Wedonc.

Era un parque situado en uno de los extremos de la Ciudad. Estaba desierto en aquellos instantes.

Kon y Eonia salieron fuera de la plataforma. Kon se detuvo unos instantes, mientras estudiaba el aspecto de la joven.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella, extrañada.

—Tu vestido está roto —respondió Kon—. No puedes moverte con ese aspecto; nadie va vestido con harapos.

Eonia enrojeció vivamente; la verdad era que de su traje quedaba ya muy poca cosa; apenas lo justo para cubrir lo más indispensable de su esbelto cuerpo.

—Bien, pero no veo cómo remediarlo…

Kon miró a su alrededor.

—Wedonc dijo que no habría aquí vigilancia durante unas horas —respondió—. Escóndete; volveré lo antes posible.

Eonia echó a correr hacia unos arbustos cercanos. ¡Qué diferencia había con las plantas que ella había conocido durante su breve estancia en el planeta!

Kon tardó una hora en regresar. Ella le llamó desde su escondite.

—Toma —dijo él, entregándole un bulto de ropa—. Cámbiate lo más pronto posible.

Eonia volvió a esconderse. A poco, salió con un traje parecido al anterior, de color rojo fuerte, sandalias y una especie de capa corta de color azul verdoso, con bordes constelados de piedrecitas brillantes.

—Estoy admirada —dijo—. ¿De dónde has obtenido este conjunto tan precioso?

Kon se echó a reír.

—No puedes negar que eres mujer —respondió—. Por primera vez en mucho tiempo se ha producido un robo en la Ciudad.

Eonia se horrorizó.

—¿Lo has robado? ¡Es un delito gravísimo!

—La propietaria no lo echará en falta —dijo, tomándola del brazo a la vez que empezaba a caminar hacia la salida del parque—. Precisamente no hace muchos días me dijo que ya lo encontraba pasado de moda.

—¿La conoces tú?

—Sí. Si no te hubiera conocido a ti, habría acabado por emparej… por casarme con ella, aun a despecho de las máquinas. No me ha visto; simplemente, me materialicé en su guardarropa y… Pero no te preocupes más por ello; tu aspecto ha cambiado por completo y, al ir en compañía de un Siete Cuatro, nadie se atreverá a molestarte.

—Así lo espero —contestó Eonia—. ¿Vamos?

Caminaron sosegadamente hacia la salida del parque, hasta detenerse junto a un poste indicador de parada de una plataforma traslatoria. Kon estudió los itinerarios de las distintas plataformas que pasaban por aquel lugar y no tardó en establecer el más conveniente para sus propósitos.

Llevaba el rifle construido en el planeta almacén. Nadie le concedió la menor importancia, cosa que extrañó no poco a Eonia.

La joven aprovechó la primera ocasión que tuvo para preguntárselo.

—¿Por qué nadie comenta nada, acerca del rifle?

Kon sonrió ligeramente.

—No olvides que soy un Siete Cuatro. Las armas de fuego son absolutamente desconocidas en la Ciudad; ninguno de los que hoy viven ha visto una sola, ni siquiera en escenas en la pantalla de distracción. Son armas cuidadosamente proscritas; por tanto, deben de pensar que se trata de algún nuevo adminículo de mi propia invención… y el rango les impide hacerme preguntas.

—Entiendo —contestó Eonia.

Seguían adelantando y descendiendo paulatinamente, adentrándose en la Ciudad con relativa lentitud, pero sin descansar un solo instante. Casi continuamente cambiaban de plataforma

traslatoria; las gigantescas dimensiones de aquel colosal cubo que orbitaba en el espacio, hacía que las distancias fuesen enormes.

La mayor pérdida de tiempo estribaba en que, a veces, no esperaban a la siguiente plataforma, una vez llegados a un punto de parada determinado, sino que debían buscar otra estación. Dado que la separación mínima entre estaciones era de dos kilómetros, con objeto de hacer rentable en tiempo tal medio de transporte, a veces les costaba diez y más minutos alcanzar el siguiente punto de partida.

—Si fuésemos de poste en poste y deduciendo el minuto de tiempo que cada plataforma permanece parada, alcanzaríamos una media de ciento veinte kilómetros a la hora —dijo Kon.

Media hora más tarde, alcanzaron un punto situado a unos veinte kilómetros de la superficie. A juzgar por las insignias que las personas ostentaban sobre sus ropajes, era raro el ciudadano con grado superior a Siete Menos Tres que vivía allí.

—Creo que ya no estamos muy lejos del Núcleo —dijo él.

Eonia asintió. Empezaba a sentir una vaga emoción, debido a la circunstancia de hallarse ya muy próxima al lugar donde estaba lo que ellos llamaban el Núcleo y que no era sino el primitivo cuerpo celeste artificial que, andando el tiempo, había dado origen a la Ciudad.

La plataforma se detuvo ante un poste, del que, a intervalos regulares, brotaba una voz suave:

—Profundidad máxima… profundidad máxima… Ninguna plataforma sigue adelante… ninguna plataforma sigue adelante…

—Creo que estamos ya muy cerca —bisbiseó Kon.

Eonia miró a todos lados. El lugar era otro parque, iluminado artificialmente. A lo lejos, al fondo, se divisaba una especie de alta valla de metal, lisa, opaca que, si en principio parecía recta, luego, al fijarse un poco más, advirtió era de forma cilíndrica, aunque con un gran radio que originaba una escasa curvatura de su trazado.

—¿Está al otro lado? —preguntó Eonia en voz baja.

Kon estudió la valla unos momentos.

Por encima de la misma se alzaba un techo inmenso que no era, en realidad, sino el pavimento de la planta superior. Sus gigantescas dimensiones lo hacían perderse de vista en todos los sentidos. La distancia del borde del muro al techo era de unos veinte metros.

—Tiene que estar —dedujo al cabo.
—No veo ninguna abertura —objetó Eonia.
—La encontraremos —afirmó él, seguro de sí mismo—. Continuemos.
Había muy pocos paseantes en aquel parque. Todos ellos, observó Kon, se movían a la mayor distancia posible del muro metálico.
—Parece como si sientan temor de hallarse en sus inmediaciones —dijo ella.
Kon asintió. No tenía nada de particular, se dijo.
A unos treinta metros de la tapia, notaron un tenue zumbido que parecía brotar del suelo.
—Cuidado —murmuró él—. Hay una envolvente de energía.
Una hilera de postes, que surgía del suelo paralelamente al muro, formaba como una especie de cadena indicadora del peligro que había en intentar atravesar aquella barrera de energía.
El suelo estaba desnudo de vegetación desde unos metros antes de llegar a la barrera, y lo mismo sucedía desde ésta al muro de metal. Ya no cabía la menor duda de que el muro protegía al Núcleo.
—Afortunadamente —dijo Kon—, guardo la llave que utilicé para atravesar la barrera de la Estación Emisora.
Usó la llave. Después de una prueba realizada con un puñado de tierra cogida en un cercano parterre, Kon supo que el paso estaba franco.
De repente, Eonia dejó escapar un grito.
—¡Kon! ¡Mira!
Los postes que señalaban la línea de prohibición se habían tornado repentinamente luminosos y emitían largos destellos, de frecuencia regular. A lo lejos oyeron algunas exclamaciones de sorpresa.
—¿Qué sucede, Kon?
El rostro del joven tomó una expresión sombría.
—Simplemente, una alarma. A estas horas, ya se conoce el hecho de que alguien ha roto la barrera protectora del Núcleo.
—Vendrán a buscarnos —dijo Eonia aprensivamente.
—¿Vamos a detenernos por ello?
Eonia buscó su mano.

—No —dijo—. Sigamos adelante.
Kon sonrió.
—Eso me gusta más. Vamos, querida.
Reanudaron la marcha. Medio minuto después, se detenían al pie del muro de metal, cuyo borde parecía perderse a unos cuarenta metros sobre sus cabezas.
—No podemos pasar al otro lado —gimió ella.
Kon reflexionó breves instantes.
—Si estuviera yo solo, ya habría pasado. Quizá lo conseguiría, llevándote a ti también, pero podríamos correr graves riesgos al atravesar la pared de metal. Sin embargo, hay otro medio mucho más seguro, aunque tal vez más lento.
Manipuló en su cinturón traslatorio durante breves instantes. Luego, de súbito, cogió a Eonia en brazos.
Ella le miró, sorprendida.
—Kon.
—Nos moveremos a saltos —sonrió él.
Presionó el botón de traslado. Una fracción de segundo más tardé, se hallaban arriba, en el borde del muro de metal.
—¡Oh! —dijo Eonia, al comprender las intenciones del joven.
El borde era lo suficientemente ancho para que pudieran posar los pies sin riesgo de caídas. Kon depositó a Eonia en el suelo y luego los dos se volvieron para contemplar el Núcleo.
Estaba a muy pocos metros de distancia. No había la menor duda; aquello que estaban viendo era el origen de la ciudad.

* * *

Era un gran tambor, de unos mil metros de diámetro, por doscientos de altura, aproximadamente. Flotaba suspendido en el espacio, envuelto por el muro protector de metal, del cual quedaba a muy corta distancia. Veíanse innumerables portillas, a modo de ventanas, todas ellas apagadas, sin el menor signo de vida en su interior. En su centro, a lo lejos, se advertía un conjunto de antenas que, en tiempos, debían haber servido para las comunicaciones.
Siglos antes, aquel colosal tambor había estado lleno de vida. Ahora no era más que una cosa muerta, apagada, una acumulación de toneladas de metal, sin ningún objeto definido.

—Tenemos que encontrar alguna puerta —dijo Kon.

Eonia asintió. Kon la agarró de la mano y saltaron al tambor, con la ayuda del cinturón traslatorio.

Estaban poseídos por una profunda emoción. Mil años antes, los Constructores habían llegado al espacio en aquel aparato. Sus descendientes habían iniciado más tarde la construcción de la Ciudad… pero el primitivo Núcleo se había conservado tal como había quedado en el momento de ser abandonado.

Caminaron por la puerta superior. De pronto, Kon divisó una esclusa abierta.

Una escalera conducía al interior del Núcleo. De nuevo tomó la mano de la muchacha.

—Ven —dijo.

Eonia le siguió sin pronunciar palabra. Apenas habían descendido media docena de escalones, las luces del Núcleo se encendieron por sí solas.

—Estoy emocionada —dijo ella.

Kon asintió. El silencio era absoluto. Sus pasos resonaban sordamente en los espaciosos corredores del Núcleo.

Allí no se usaban pantallas indicadoras: había rótulos, cuyos caracteres de letra resultaban, a veces, difícilmente legibles, dadas las modificaciones que el tipo de escritura había sufrido en el transcurso de los tiempos. De pronto, Kon se detuvo ante un cartel, de significado inconfundible: A LA CÁMARA DE MANDO.

—Sigamos ese camino —dijo.

Descendieron unas escaleras y avanzaron a lo largo de un corredor, flanqueado por infinidad de puertas. De pronto, se encontraron ante un anchuroso espacio, de forma cilíndrica, bordeado por barandillas protectoras.

En el centro de aquel hueco había una gran esfera, de unos veinticinco metros de diámetro. Varias pasarelas aéreas facilitaban el acceso a la esfera, provista de numerosas ventanas circulares, de gran tamaño, todas las cuales se hallaban brillantemente iluminadas.

Tras unos segundos de vacilación, Kon tiró de nuevo de la mano de la joven.

—Sigamos.

Atravesaron el primer puente. Una puerta se abrió por sí sola

cuando estaban a pocos pasos de distancia. Un gran resplandor salió por el hueco.

Delante de ellos, se alzó repentinamente la silueta de un hombre. Kon y Eonia se detuvieron en el acto.

—Vengan —dijo suavemente el hombre—. Entren sin temor. Hacía tiempo que estaba esperándoles.

Como para evitar una exclamación de asombro, Eonia se puso una mano en la boca. Kon movió la cabeza.

—Celebro conocerle, Siete Cinco —dijo.

CAPÍTULO XII

El hombre pareció sorprenderse un tanto.

—¿Cómo sabes que…?

Kon sonrió.

—Cuando recibí mi grado de Siete Cuatro, pregunté si había algún Siete Cinco. La respuesta que recibí resultó un tanto evasiva. Además, ¿quién sino un Siete Cinco podría residir en el Núcleo?

El hombre suspiró y dijo:

—Tienes razón, pero no estoy aquí por mi gusto. Venid y os lo explicaré todo… Ah, mi nombre es Robn; os ruego que lo uséis en lugar de las cifras de mi rango.

—Está bien, Robn. Yo soy Kon Barcq. Ella se llama Eonia Filal.

—Una pareja de jóvenes decididos —comentó Robn sonriendo.

Caminó delante de ellos, hasta llegar a una habitación de buen tamaño, cómodamente amueblada, dotada de una gran pantalla de televisión.

—Sentaos —indicó Robn—. Mejor que las palabras, esa pantalla os contará la historia del Núcleo.

Kon y Eonia obedecieron. Ella miró a Robn de reojo; era un hombre de avanzadísima edad, aunque se mantenía todavía en buen estado físico. Le calculó unos ciento setenta años.

Robn hizo que se atenuaran las luces. La pantalla se iluminó.

—Relajad vuestras mentes —aconsejó Robn—. Conviene que la historia entre en vosotros plenamente.

Una habitación apareció ante los ojos de ambos jóvenes. Kon y Eonia vieron a varios hombres y mujeres discutiendo. Hablaban y entendían perfectamente todo lo que decían. Mencionaban las posibilidades de una devastación total del planeta en que vivían. Ellos querían sobrevivir y hacer que su raza sobreviviese.

Se decidió la construcción de una nave espacial. La pantalla fue mostrando las fases sucesivas de la construcción. Luego, un millar de seres humanos, con todos los pertrechos necesarios para su supervivencia, ocuparon la nave. Kon se fijó en que uno de los cargamentos consistía en una enorme cantidad de libros.

La nave se elevó en el espacio. A poco, la pantalla mostró unas escenas horribles de devastación; ciudades enteras ardían antes de convertirse en cenizas. Los mares humeaban y las montañas se derrumbaban. Finalmente, el planeta quedó arrasado.

Entretanto, la nave se había establecido en el espacio, a una distancia suficiente del planeta como para no temer ninguno de los efectos de aquella cruenta guerra. Kon y Eonia vieron distintos aspectos de la vida de los habitantes de la nave y luego, la pantalla dio un salto brusco de cien años en el tiempo. Vieron el planeta de nuevo, en donde las plantas habían crecido de nuevo y se divisaban animales en libertad. Luego supieron que los habitantes de la nave, cuyo número se había multiplicado considerablemente en aquel siglo, empezaban a pasar dificultades de espacio y de aprovisionamiento.

Los dos jóvenes vieron también la construcción de la primera Estación de Aprovisionamiento. A través del espacio empezaron a llegar hasta lo que ahora era el Núcleo alimentos, agua, aire…, y materiales para la ampliación del Núcleo.

Se construyeron otras Estaciones de Aprovisionamiento. Los años desfilaron rápidamente delante de los ojos de la pareja. Vieron crecer la Ciudad en torno al Núcleo, vieron las primeras luchas políticas y vieron también el aumento de la codicia y la ambición de poder. La memoria del planeta de origen se conservaba todavía entre las gentes y los gobernantes empezaron a hacer campañas destinadas al olvido.

Los aparatos se perfeccionaban y multiplicaban de día en día. El número de habitantes crecía asimismo con sorprendente rapidez. En poco tiempo Kon y Eonia acabaron por ver la Ciudad tal como era en la actualidad.

La pantalla se apagó y las luces se encendieron.

Robn miró a la pareja con expresión sonriente.

—Ésta es la verdadera historia de la Ciudad —dijo—. Cualquier otra ha sido falseada y amañada deliberadamente.

—No es la que nosotros aprendimos, desde luego —dijo Kon—. Pero ¿por qué no quieren que las gentes lo sepan?

—Te daré la respuesta dentro de unos segundos —dijo Robn—. Deliberadamente, he saltado una escena que debe ser contemplada de modo independiente a las demás. Ello os hará entender el resto.

Robn volvió a encender la pantalla. Una habitación de forma circular apareció ante sus ojos.

Había unas treinta personas, hombres y mujeres, sentados todos en círculo. Uno de ellos se puso en pie, con un papel en las manos, y empezó a leer:

—Los aquí presentes, reunidos en la nave espacial denominada «Salvación», como representantes de los mil seres humanos que mostraron su deseo de supervivencia y paz definitiva, cumpliendo el mandato que hemos recibido de nuestros representados y para conseguir el logro de nuestros propósitos, para conseguir la felicidad y armonía perpetuas entre nosotros y nuestros descendientes, declaramos:

»Primero: La igualdad absoluta entre todos los seres humanos…

—¡Basta! —dijo de repente una voz chillona.

Kon y Eonia se volvieron sorprendidísimos. Robn empezó a ponerse en pie.

Tgari se hallaba en la puerta de la estancia. Tras él, a cierta distancia, se divisaban varios individuos de Control Ciudadano.

—Habéis violado las leyes —rugió el hombrecillo—. Estáis poseídos por la Herejía y debéis ser juzgados y condenados inapelablemente.

Robn dio un paso hacia Tgari.

—Estás equivocado…

Tgari tenía en la mano una llave para barrera de energías. Presionó el botón de control.

Robn se llevó una mano al pecho y cayó muerto.

Eonia lanzó un grito. Kon la cogió por un brazo.

Tgari sonreía torcidamente.

—Ahora sí ha transitado —dijo.

Encaró la llave hacia la pantalla. El vidrio saltó con gran estrépito.

Eonia estaba horrorizada.

Era la primera vez que veía cometer una muerte.

—Lo que has hecho se llama asesinato —dijo Kon sin amilanarse por la belicosa actitud del hombrecillo.

—Robn había muerto muchos años antes —dijo Tgari burlonamente.

Kon creyó entender el significado de aquellas palabras.

—Yo pienso que Robn quería hacer que se conociese la Verdad —manifestó—. Sin embargo, ello no os convenía a vosotros y le obligasteis a encerrarse aquí. Os infundía entonces demasiado respeto para matarle y os disteis por satisfechos con retirarlo de la circulación. ¿Me equivoco?

Tgari continuaba sonriendo burlonamente.

—No en balde llegaste a Siete Cuatro —dijo—. Eres inteligente, pero no tanto como se esperaba de ti. ¡Igualdad entre los hombres! ¡Bah, paparruchas sin sentido!

—Para ti, puede que lo sean —contestó Kon—. Yo opino de distinta manera.

—Lo cual no deja de ser una lástima, porque perderás todos los beneficios derivados de tu rango. Cuando te degraden, tras el juicio correspondiente, lo lamentarás de veras, créeme.

—¿Qué beneficios? —sonrió Kon—. Tengo todas mis necesidades cubiertas, en todos los sentidos… ¿Voy a ser más rico o más pobre porque en lo sucesivo pase a un rango inferior? ¿Me mataréis de hambre? ¿Qué trabajo me daréis: en la brigada de Constructores que continuamente ensanchan y amplían la Ciudad? Las cosas están establecidas de tal forma, que el hombre que más trabaja no cubre más de tres o cuatro horas cada jornada…

—Hay muchos otros medios de deshacerse de un hereje —dijo Tgari—. El destierro es uno de ellos.

Kon sonrió burlonamente.

—He estado en el planeta almacén. Y, créeme, me gustaba vivir allá abajo. No lamentaré el destierro, si es a eso a lo que te refieres.

Tgari meneó la cabeza.

—Te equivocas, en lo referente al destierro. No será un destierro físico, sino mental.

Kon se envaró.

—La penetración en la mente de todo ser humano está severamente prohibida por las leyes.

—Excepto por la que se acaba de promulgar —exclamó Tgari.

Eonia se aterró.

Comprendía el significado de aquellas palabras.

Todos los actos de los habitantes de la ciudad estaban minuciosamente controlados, aunque dentro de unos límites de una relativa libertad.

Los habitantes de la Ciudad podían comunicarse telepáticamente entre sí, aunque ello no se hacía sin un acto de consentimiento previo. Lo que Tgari acababa de anunciar quería decir, lisa y llanamente, que el último reducto del ser humano acababa de perder su invulnerabilidad.

—Destierro mental —dijo Kon.

—Sí, justamente. Seguirás viviendo, pero sólo tu cuerpo. Únicamente quedará en ti el ansia de realizar lo necesario para vivir: alimentación y sueño. No morirás físicamente, pero serás un muerto mental.

Miró a la joven con expresión airada.

—Y tú serás desterrada de nuevo al planeta, a una de las regiones más hostiles nunca conocidas, a la región donde reina un frío eterno y el suelo está cubierto de hielos eternos.

Kon miró a su alrededor. Tenía la llave de barreras de energía sujeta en el cinturón. No podría empuñarla, sin provocar un inmediato movimiento defensivo de Tgari.

En cuanto a su rifle, estaba apoyado en el diván, a varios pasos de distancia. Alcanzarlo de un salto era una quimera.

Tgari se echó a un lado.

—Entren —ordenó a los Controladores que le acompañaban—. Este hombre y esta mujer quedan detenidos por herejes. Llévenlos a la antesala del lugar donde se reúne el Colegio General de los Siete Cuatro.

Tgari tocó con el pie el cadáver de Robn.

—Una lástima que haya transitado el penúltimo Siete Cinco —dijo—. Su puesto no se había cubierto, esperando a que su tránsito se realizase por medios naturales. ¿Os imagináis quién será el próximo Siete Cinco?

—Así que guardabais en secreto la existencia de Robn —dijo Kon, ya flanqueado por dos de los Controladores.

—Claro. Tú eras recién llegado y queríamos estudiarte, para ver si eras digno de compartir nuestro secreto. Desgraciadamente,

mostraste una clara inclinación a desviarte el primer día que hiciste turno conmigo en el Canal de Aprovisionamiento atmosférico. ¿Lo recuerdas?

Kon lo recordaba perfectamente. Aquel día había conocido a Eonia.

—Y ahora —dijo—, tú harás ostentación de tus méritos para lograr el puesto de Robn.

Tgari sonrió burlonamente.

—Eres un adivino, Kon Barcq —admitió con singular cinismo. Movió la mano—. Llévenselos.

En silencio, sin pronunciar palabra, Kon y Eonia se encaminaron hacia la plataforma traslatoria que iba a conducirles hasta su destino.

CAPÍTULO XIII

Eonia tomó las manos del joven y le contempló con expresión angustiada.

—Nos van a separar, Kon —dijo, esforzándose por contener el llanto.

—Recuérdame, es todo lo que te pido —contestó él.

—Yo moriré pronto entre los hielos…

Kon la abrazó estrechamente.

—Quisimos luchar a favor de la Verdad, pero les conviene mantenerla oculta. Ellos son los amos de la Ciudad… en una ciudad donde no debería haber clases ni seres superiores a la ciudad…

Un hombre entró de repente en la habitación.

Era Wedonc.

El Controlador les contempló con expresión de lástima.

—Han tenido muy mala suerte —dijo.

—Conocemos la Verdad —contestó el joven.

—¿De qué les sirve? Ellos la harán pasar por Herejía. No hay más Verdad que la que el Colegio de los Siete Cuatro quiere que sea la Verdad.

Kon inclinó la cabeza.

—Tiene usted razón —murmuró.

Eonia dio un paso.

—Wedonc, no permita que Kon sea sometido al destierro mental —pidió.

El Controlador la miró largamente.

—Su falta es muy grave —respondió.

—Usted le ayudó cuando fue a buscarme. ¿Por qué ahora no puede hacer lo mismo?

—Estoy en una postura muy difícil —respondió—. Ustedes me

dejaron en el planeta… bueno, de la forma que ya saben. He recibido una dura reprimenda por mi negligencia.

Eonia sonrió.

—Wedonc, ¿por qué no es franco con nosotros? —exclamó.

Wedonc meneó la cabeza.

—Eonia, soy el encargado de transportarla hasta su destierro —respondió.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Un profundo silencio gravitó en la estancia. Kon, impulsivamente, estrechó a la joven en sus brazos.

—¿Lo dice en serio, Wedonc? —preguntó.

—No bromeo, Barcq —repuso el Controlador.

Los ojos de Eonia estaban inundados de lágrimas.

—No lloro por mí, sino por él… Jamás hubiera podido creer que la Ciudad se gobernase de una manera tan inhumana.

—Ellos estiman que las leyes son justas —dijo Wedonc—. Lo siento. Debemos irnos ya, Eonia.

Ella volvió los ojos hacia el joven.

—Adiós, Kon.

—Adiós, Eonia.

Se besaron suavemente. Luego, Eonia dio un paso hacia el Controlador.

—Estoy lista —anunció.

Wedonc alargó la mano hacia el joven.

—Adiós, Barcq.

Kon se estremeció un instante. Luego, esforzándose por dar naturalidad a su voz, dijo:

—Adiós, Wedonc.

Eonia y el Controlador salieron de la estancia. Kon quedó a solas.

Poco más tarde, entraron dos Controladores de rostro pétreo.

—Acompáñenos, Siete Cuatro —dijo uno de ellos.

Kon obedeció. Todavía tenía derecho al tratamiento, ya que no se había pronunciado la sentencia de degradación.

Momentos después, entraba en una gran sala de forma semicircular con techo de cúpula. Todos los miembros del Colegio de los Siete Cuatro estaban en sus puestos.

Había diez filas de asientos, formando sendas curvas paralelas. Cada fila tenía veinte asientos.

Sólo dos permanecían desocupados. Uno de ellos era el del propio Kon.

Kon se situó frente a la asamblea. Su-O hizo un gesto con la mano y los Controladores se retiraron. La puerta se cerró por sí misma.

Tgari se puso en pie.

—En tiempos —dijo—, el Siete Cinco presidía este Colegio. Dado que ahora su puesto está vacante y no hay ninguno que pueda formular la acusación en su lugar, ruego al venerable Colegio se me permita hacerlo por mí mismo, dado que he sido directamente afectado por las circunstancias del hombre que está aquí para ser juzgado. Ruego vuestra aprobación unánime; vuestras manos levantadas serán señal del permiso que solicito.

Sólo una mano permaneció inmóvil. Tgari se volvió hacia Su-O.

—¿Tú no votas a mi favor? —preguntó.

—No puedo votar en favor de un homicida —contestó Su-O, con voz clara y fuerte.

Tgari se estremeció de rabia.

—¡Fue una acción necesaria! —gritó.

—Todos sabíamos que Robn estaba en el Núcleo. Lo teníamos inmovilizado; no podía salir de allí…

—¡Pero este traidor fue a buscarle! —aulló Tgari, lívido de rabia.

—Y lo has traído para juzgarlo por traición. No obstante ¿no se podía haber hecho lo mismo con Robn? ¿Era necesario que le dieras muerte?

—Si he obrado mal, que se me juzgue —le desafió el hombrecillo.

Kon escrutó los rostros de los asistentes. Podía verse claramente que, salvo unos cuantos, todos los demás aprobaban la acción de Tgari.

Comprendió lo que ocurría. Habían llegado al puesto más elevado, ciertamente en función de unos méritos indiscutibles, pero ello les confería una preeminencia a la cual no estaban dispuestos a

renunciar.

—Nadie quiere juzgarme —añadió Tgari, tras una corta pausa, sonriendo burlonamente—. Todos aprueban lo que he hecho…

—Menos yo —declaró
Su-O
obstinadamente.

—Eres uno contra doscientos. Pero no soy yo el acusado de Herejía, sino el hombre que está ahí delante. Todos vosotros —se dirigió Tgari a la asamblea—, conocéis los hechos. Propongo el destierro mental como castigo a su gravísima falta. El que apruebe la sanción, que alce su mano.
Su-O
fue de nuevo el único que permaneció quieto. Una sonrisa triunfal se dibujó en los labios de Tgari.

—Sanción aprobada —dijo—. El acusado es condenado a la pena de destierro mental, cuya ejecución se llevará a cabo hoy mismo. Ahora, queridos colegas, voy a someter a vuestra aprobación un nuevo asunto:

Hizo una corta pausa.

—Ahí, en el centro, se ve un asiento vacante. Lo ocupaba un hombre que, habiendo llegado a la cima más alta, se convirtió en un peligro para todos nosotros. Me refiero a Robn, naturalmente… Pero el Colegio está incompleto sin su Siete Cinco presidente. Creo —añadió con falsa modestia—, que yo reúno todas las condiciones necesarias para ocupar la vacante de Robn. Si lo creéis así, dadme vuestra aprobación en la forma acostumbrada.
Su-O
se levantó rápidamente.

—Te olvidas de un requisito, Tgari —dijo.

—¿Cuál? —preguntó el hombrecillo.

—Nosotros podemos dar la aprobación a tu propuesta, pero si ocuparas esa vacante sin otro trámite, cometerías una irregularidad. Es necesario que se haga la consulta pertinente a la máquina que confiere los últimos grados.

El rostro de Tgari se contorsionó de rabia durante un segundo.

Luego, fingiendo aparentar naturalidad, dijo:

—Muy bien, no tengo ningún inconveniente en cumplir con ese requisito. Dadme solamente veinticuatro horas de tiempo… y

mañana, en este mismo lugar, con la máquina en vuestra presencia, recibiré la aprobación completa de todos: hombres y máquina. ¿Algún inconveniente?

—Ninguno —dijo
Su-O
sentándose.

Tgari miró al acusado.

—Kon Barcq, inmediatamente vas a ser llevado al lugar donde será ejecutada la sentencia. En gracia a tu elevado rango, podrás ocupar permanentemente el departamento de que disfrutabas, en el que no te faltará nunca lo más imprescindible para vivir. Eso es todo…

—Todo, no —contestó el joven—. Se debería leer aquí el acta fundacional de los primeros Constructores. En ella se expresan claramente los derechos y deberes que tengo como ser humano. ¿Por qué destrozaste la pantalla del Núcleo?

—Petición denegada —respondió Tgari secamente.

—¿Tienes miedo de que se conozca la Verdad…, lo que tú llamas Herejía?

Tgari se puso furioso.

—Te juzgamos a ti, no a mí —chilló.

—Tienes miedo, Tgari —insistió el joven—. Si se conociera la Verdad, se sabría que esta asamblea debería estar formada por individuos elegidos libremente por los habitantes de la Ciudad y no por unas máquinas que, en muchos casos, dan los resultados que se desea, en lugar de los que debieran emitir. Hablando claramente, más de la mitad de los aquí presentes tendrían que pertenecer a grados inferiores a Siete a Nivel. ¿Cuál es tu grado auténtico, Tgari?

Un colérico murmullo se levantó de muchas gargantas. Kon supo que había dicho la verdad.

Sonrió desdeñosamente.

—El pueblo no os conoce; de lo contrario, a buen seguro os echaría a puntapiés de aquí. Le dais todo cuanto necesita, pero especuláis con su ignorancia. Le decís que el planeta almacén es un mundo salvaje, donde nadie sobrevive… y es un mundo infinitamente mejor que esta Ciudad fría, deshumanizada y sin alma.

»Habéis suprimido el estímulo y la ambición noble y

encaminada al bien superior; nadie puede ser ambicioso sino vosotros…, pero, inexorablemente llegará el día en que los ojos de los humanos se abran y sepan cuán deleznable y perniciosa es vuestra actitud. Entonces, dejarán de confiar en las máquinas y las tendrán como auxiliares y no como dueñas de sus personalidades… y a vosotros os arrojarán de este lugar indebidamente ocupado. Y elegirán libremente a otros seres que los gobiernen recta y justamente. Mal que os pese, llegará el día en que esto ha de suceder.

Un hondo silencio sucedió a las palabras del joven. Incluso el mismo Tgari parecía impresionado.

De pronto, el hombrecillo gritó:

—¡Debe cumplirse la sentencia! ¡Inmediatamente! ¡El destierro mental contra el traidor!

Casi doscientas voces emitieron un rugido de unánime aprobación. Kon supo así que su suerte estaba echada.

* * *

Se sentó en el lugar que le indicaron. Tgari contemplaba la operación con la sonrisa en los labios.

Unos especialistas, vestidos con batas blancas, colocaron un gran casco sobre su cabeza. Dentro del casco había unos a modo de proyectores que convergían hacia su cráneo. Alguien movió una palanquita y se oyó un tenue zumbido.

Un cuarto de hora más tarde, la operación había sido terminada. Tgari hizo una señal y el casco fue retirado.

Kon permanecía inmóvil, con la vista perdida en el vacío. Tgari se echó a reír.

—Ahora no es más que un pedazo de carne, en el que sólo caben las ideas precisas para su subsistencia fisiológica —dijo—. No podrá pensar en otra cosa que en sobrevivir físicamente; cualquier otro pensamiento o idea le ha sido borrado de su mente, así como los conocimientos adquiridos durante su educación. ¡Llévenlo a su departamento!

Dos Controladores tomaron por los brazos al joven. Kon obedeció con absoluta docilidad.

Tgari se frotó las manos.

—La Herejía ha sido extirpada —declaró rotundamente—. Sólo queda la Verdad… Nuestra Verdad.

CAPÍTULO XIV

Eonia, Hmin y Ryana, ésta con el chiquillo en brazos, alcanzaron la Estación Emisora y se detuvieron en sus inmediaciones.

—Es peligroso ir más allá —dijo Hmin temerosamente—. Una vez vi a un animal que quiso traspasar la barrera y murió…

Eonia alzó la llave de que estaba provista y abrió la barrera.

—Ya no hay peligro alguno —dijo.

Caminó rápidamente hasta la puerta. Tras él, Hmin iba cargado con los rifles y una pesada bolsa cargada de agua y alimentos.

Eonia entró en la Estación resueltamente. Sin la menor vacilación, se dirigió al cuadro de mandos y bajó una gran palanca.

El zumbido que denotaba el funcionamiento de las máquinas cesó en el acto. Eonia se volvió hacia sus compañeros.

—Dame un rifle y municiones, Hmin —pidió—. Vosotros os quedaréis aquí; si alguien intenta pasar, hacedle retroceder a tiros.

—No pasará —contestó Hmin serenamente.

—Hay dos Estaciones más, que son de vital importancia para la subsistencia de la Ciudad: la Emisora de Alimentos y la de Agua. Espero alcanzarlas antes de que termine el día.

Y se dirigió hacia la puerta resueltamente.

Hmin revisó el rifle.

—Ryana, deja el chico por ahí. Pronto llegarán los técnicos para averiguar lo que ha sucedido en la Estación.

La joven llevó al niño a lugar seguro. Luego tomó el rifle que le ofrecía su esposo.

—Vamos a luchar por la Ciudad —dijo, mirándole a los ojos.

Hmin sonrió.

—Y por este planeta también —contestó—. De aquí partieron nuestros antepasados cuando vieron que se iba a hacer inhabitable

y ya es hora de que se habite de nuevo.

* * *

Kon Barcq consultó su reloj. Faltaban ya pocos minutos para la confirmación de la elección de Tgari.

Movió la cabeza. Wedonc se había portado admirablemente con él.

Al estrecharle la mano, le había entregado un minúsculo interferidor que, colocado en el paladar, había anulado por completo las perniciosas radiaciones de la máquina con la que habían pretendido destruir su mente. Tgari lo ignoraba, por supuesto.

Wedonc se materializó de repente. En las manos llevaba un cinturón traslatorio.

—Es la hora —dijo.

Kon asintió.

—¿Sabes algo de Eonia? —inquirió.

Wedonc sonrió maliciosamente.

—¿Te preocupa?, ¿verdad? No la llevé a los hielos, por supuesto.

—Me lo imaginé cuando me entregaste el interferidor. ¿Dónde la dejaste?

—Ella me indicó el lugar adonde quería ir. Ahora está con Hmin y Ryana… imagino que deben de estar haciendo trabajar a toda presión tu herramienta universal.

—Se la dejé a Hmin —dijo Kon pensativamente—. A él podía resultarle muy útil. ¿Sabes, Wedonc? —exclamó el joven de pronto—. Estoy deseando volver a la… ¿cómo se llama el planeta?

—Tierra —respondió el Controlador—. Aquí había llegado a perderse hasta su nombre.

Kon asintió.

—Quiero volver allí. Es hora de que lo habitemos y repoblemos de nuevo. Pasaremos dificultades, pero volveremos a convertirnos nuevamente en seres humanos.

Wedonc hizo un gesto muy ambiguo.

—Eres joven —contestó—. Yo tengo los huesos muy duros para cambiar de modo de vivir. Imagino, sin embargo, que la aventura atraerá a muchos jóvenes. Sinceramente, te envidio.

—No eres ningún anciano —alegó Kon.

—Pero me molestan las incomodidades —respondió Wedonc—. Admito que nuestra forma de vivir, nuestras actuales estructuras requieren una radical transformación…, pero no quiero vivir lejos de donde he nacido. Ya ciudad es mi Tierra, lo cual no quiere decir que no vaya a visitaros con frecuencia.

Kon le dio una palmada en el hombro.

—Eres sincero y eso vale mucho —dijo—. Quizás alcances luego un lugar elevado en la nueva sociedad.

Wedonc se encogió de hombros.

—¿Más responsabilidades? No, gracias; ya estoy bien. —Miró su reloj—. Ya es la hora, Kon.

El joven hizo una profunda inspiración. Mientras hablaba, se había ajustado el cinturón.

—Nos quedaremos en la antesala —indicó Wedonc—. Es lo prudente.

—Sí, esperaremos a… ¿Hiciste lo que te indiqué?

Wedonc soltó una risita.

—Claro —respondió—. No hubiera dejado de hacerlo por nada del mundo.

Kon puso su mano sobre el mando de traslación instantánea.

—Es la penúltima vez que lo uso —dijo—. Cuando lo emplee la próxima, será para trasladarme a la Tierra, en donde me quedaré para siempre.

Wedonc movió la cabeza.

—Te envidio…, pero no te imitaré. ¡Vamos!

Instantes después, los dos hombres habían desaparecido de la estancia.

* * *

Cuatro fornidos Controladores empujaron la pesada máquina hasta situarla en el centro del semicírculo de asientos. El artefacto, alto de tres metros, de dos de anchura y de más de uno de grosor, se deslizó suavemente sobre la plataforma de ruedas.

En la parte superior se veía una gran pantalla. De allí había de salir la aprobación de Tgari para su ascenso al grado absolutamente máximo: Siete Cinco.

Tgari se gozaba con la expectación de la asamblea. Sólo un rostro le contemplaba con severidad;
Su-O
continuaba desaprobando sus actos.

«Cuando la máquina me apruebe, tú desaparecerás», pensó.

—Queridos colegas —dijo de pronto—. Habéis dado vuestra aprobación para mi nombramiento de Siete Cinco. Os lo agradezco sinceramente. Sin embargo, no quiero ocupar el puesto del traidor Robn sin que un aparato infalible haya emitido un dictamen absolutamente acorde con el vuestro.

»Todos vosotros conocéis la máquina que confiere los últimos grados; aquí tenéis un perfecto ejemplar. Lo mismo que esta máquina aprueba el pase a los Grados Siete Tres y Siete Cuatro, puede aprobar también el pase al Grado Siete Cinco. He introducido en ella todos los datos que a mí se refieren, sin olvidar algún humano defectillo —dijo con una risita—, y espero y confío en una respuesta positiva.

Acto seguido, dio dos pasos y se colocó frente a la máquina. Alargó una mano y presionó el botón de puesta en funcionamiento.

La pantalla se iluminó en el acto.

Tgari dijo:

—Propongo consulta para ascender al Grado Siete Cinco a Tgari, Siete Cuatro,
N-351.
Espero la respuesta.

Transcurrieron algunos segundos.

La máquina dijo:

—La respuesta es desaprobatoria. Un homicida no puede ser jamás un Siete Cinco.

Tgari se tambaleó. Un sordo murmullo brotó de los labios de todos los presentes.

La máquina continuó:

—El homicidio tiene un castigo: la muerte.

—¡No! —aulló Tgari, loco de pánico.

Y quiso escapar, pero un rayo de luz blanquísima brotó de la máquina y le alcanzó en el centro del cuerpo, derribándole fulminado.

Sonaron algunos gritos. Kon y Wedonc irrumpieron de pronto en

la sala, materializándose merced a sus cinturones traslatorios.
Su-O
se puso en pie.

—¡Kon Barcq! —exclamó.

Kon lanzó una mirada al cuerpo de Tgari, convertido ahora en un patético montón de carne inanimada.

—Sí,
Su-O
—contestó—. Soy Kon Barcq… y he eludido la sentencia de destierro mental, gracias a alguien que pensaba por sí mismo, en lugar de dejar que las máquinas pensaran por él.
Su-O
sonrió.

—Creo que voy entendiendo —dijo.

Los espectadores estaban atónitos. Kon, serenamente, dio dos pasos y se situó frente a ellos.

—La asamblea queda disuelta —declaró rotundamente—. Ninguno de los presentes volverá a ocupar más su puesto aquí, a menos que sea elegido por seres humanos, actuando libremente, sin presión ni interferencia ajenas.

—¡Eso no puede ser; nadie puede expulsarnos…!

Kon fijó la vista en el protestante.

—En estos momentos —dijo—, el suministro de aire, alimentos y agua ha sido cortado. Hay reservas para varios meses, pero, inexorablemente, habrá de llegar el día en que se agoten. La noticia se hará pública… habrá noticias a partir de ahora; no se mantendrá en la ignorancia a los ciudadanos. Ellos sabrán que no habrá suministros mientras vosotros ocupéis estos puestos. Ellos mismos os echarán, si no os vais voluntariamente.

Hubo una pausa de silencio después de la palabra del joven. De pronto, uno se levantó y empezó a caminar hacia la puerta.

—No quiero ser la causa de una catástrofe —dijo.

Otros le imitaron. Algunos, en cambio, se mostraban renuentes todavía:

—Podríamos emplear la fuerza —dijo Kon—, aunque preferimos obrar por medio de la sensatez. Es hora de acabar ya con divisiones y rangos absurdos; los Constructores establecieron la igualdad para todos y sólo deben sobresalir los que lo consigan merced a méritos

propios y no al favoritismo o al dictamen de una máquina tal vez amañada. A la gente le costará aprender esto, pero llegará a saberlo. Es preciso acceder ahora, antes de que sea demasiado tarde —concluyó.

El tono de Kon era de firme serenidad. Más Siete Cuatro abandonaron la sala.

Momentos después, sólo quedaban Kon, Wedonc y
Su-O.

—Has conseguido una victoria total —dijo el último.

Kon asintió.

—Lo he hecho en favor de la Verdad —respondió—. Siento que Robn no esté aquí para verlo.

—Él murió sabiendo que tú lograrías imponernos la Verdad —dijo Wedonc—. Desde el Núcleo, siguió tu carrera y supo que eras el hombre adecuado para llevar a cabo esa misión.

—Entonces… fue él quien me dejó los mensajes.

Wedonc asintió.

—Sí, él fue, por mediación mía.

Kon vaciló un momento. Luego dijo:

—Tengo que marcharme. Me esperan.
Su-O
alargó su mano.

—Te deseo la felicidad que mereces —dijo.

—Gracias. —Kon pensó en Eonia—. Vamos a iniciar una nueva era en la Tierra. Conocemos una gran cantidad de adelantos tecnológicos, pero… ¡sabemos tan poco de las cosas espirituales! Tenemos mucho trabajo por delante.

—Tú lo llevarás a cabo —aseguró
Su-O
—. Muchos te seguirán bien pronto. Yo me encargaré de ello.

—Así lo espero. —Kon estrechó la mano de Wedonc—. Tu ayuda resultó muy valiosa.

—Un Controlador no es siempre un sujeto antipático —sonrió Wedonc—. Ahora tú tendrás muchísimo trabajo; en cambio, a mí me escaseará.

—Ayuda a
Su-O;
así no te faltará trabajo.

Kon bajó la vista hacia su cinturón traslatorio.

—Voy a emplearlo por última vez —dijo.

Cuando el joven hubo desaparecido, Wedonc suspiró.

—Él se va en busca de la felicidad —dijo.

—La merece —contestó
Su-O
—. Pero ahora, nosotros, tenemos que esforzarnos por hacer que los demás la consigan por sí mismos y no proporcionada por una máquina deshumanizada.

Wedonc asintió.

—Será un duro cambio; tal vez cueste generaciones —dijo.

—Por eso mismo, tenemos que darnos prisa. Hemos de empezar inmediatamente.
Su-O
se dirigió hacia la puerta. Desde allí, dirigió una última mirada a la sala desierta.

El cadáver de Tgari era claro símbolo de la época que acababa de cerrarse. Era ya pasado. Había que ir en busca del futuro.

* * *

Paradójicamente, el granito de arena que se había introducido en el perfecto mecanismo de la Ciudad, no sólo interfirió su funcionamiento, sino que, además, lo mejoró grandemente.

Porque ahora no sólo funcionaban las máquinas, sino que también actuaban las mentes de los hombres.





LUIS
GARCÍA
LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.